

EL SONIDO DEL LLAMADO

Camino y fundamentos
del ministro de alabanza



ANDRÉS GALLARDO

Edición de trabajo

© 2025 Andrés Gallardo. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en forma alguna ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición: 2025 · Editorial Vida Real Books. Diseño y maquetación de la edición original: Andrés Gallardo.

Edición de trabajo: revisión literaria y visual, agosto de 2026. Esta versión se entrega para lectura y validación del autor; no declara resueltas las consultas editoriales del informe adjunto.

Las citas bíblicas se han unificado en Reina-Valera 1960. Los extractos se identifican como fragmentos; se regularizan mayúsculas y puntuación para su presentación. Los bloques en bronce distinguen la Escritura de las reflexiones y oraciones del autor.

Reina-Valera 1960: © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960; renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Debe cotejarse el aviso de uso aplicable antes de la publicación comercial.

Ilustraciones nuevas creadas con asistencia de IA: cuatro láminas de una misma serie. Son composiciones simbólicas, no documentos visuales de las experiencias relatadas. Las fotografías personales de la edición original se conservan sin retoque. Fotografía musical: @frangribodo.

Contacto del autor: rain8m@gmail.com

Contacto editorial: vidarealbooks@gmail.com

Redes: @andresgallardomusic

Contenido

Dedicatoria	5
Huellas en mi camino	6
Prólogo	8
Teclas, fuego y redención	10

PARTE I · Identidad y fundamento espiritual

01 El llamado: identidad antes que función	14
02 Fundamentos espirituales del ministerio	18
03 El corazón del adorador	22
04 Fundamentos bíblicos de la alabanza y la adoración	27

PARTE II · Formación, técnica y sensibilidad

05 La santidad como ambiente de adoración	34
06 La formación espiritual y técnica	38
07 Sensibilidad al Espíritu Santo	46
08 Adoración profética: el cielo responde al sonido	51

Contenido

PARTE III · Comunidad, liderazgo y servicio

09 El trabajo en equipo: unidad y comunicación	58
10 El ministro como líder y pastor de su equipo	63
11 Planificar con el Espíritu: visión, propósito y altar	67
12 Dificultades, conflictos y fatiga	72

PARTE IV · Fruto, legado y expansión

13 Creatividad, composición y tecnología en el ministerio	78
14 Una alabanza intergeneracional	85
15 Evangelismo a través de la alabanza	90
16 Visión y proyección del ministerio	94
17 Cuando el fuego se apaga	100
Un mensaje para los ministros de alabanza	105
Índice de citas destacadas	106

Dedicatoria

A Dios, de quien procede todo lo que ha dado sentido a mi vida. Tú me encontraste en la oscuridad, me levantaste y me enseñaste a llamarte Padre. Cuando miro el camino recorrido, reconozco tu paciencia en cada etapa. Que estas páginas sean una expresión de gratitud por la oportunidad de servirte y por la gracia de seguir aprendiendo a adorarte.

A mi hija Sarah, el milagro que lo cambió todo. Tu llegada trajo luz a nuestro proceso y renovó en mí la confianza en las promesas de Dios. Hay días en que basta mirarte para recordar por qué vale la pena avanzar. Deseo que crezcas amando su presencia, con un corazón sensible, valiente y firme. Parte de lo que escribo también es para ti: una memoria de lo que el Señor ha hecho y una invitación a conocerlo por ti misma.

A mi esposa Anabel, que ha caminado a mi lado con amor, paciencia y compromiso. Conoces los esfuerzos que no se ven desde una plataforma y has sostenido conmigo el peso y la alegría del ministerio. Gracias por acompañarme en este llamado y por ayudarme a cuidar lo que Dios nos ha confiado.

Andrés Gallardo

Huellas en mi camino

Al recordar mi historia, encuentro personas cuya presencia fue decisiva. Sus consejos, sus oraciones y su manera de servir dejaron en mí enseñanzas que siguen acompañándome. Este libro también lleva las huellas de aquellos que me recibieron cuando todavía tenía mucho por aprender y permanecieron cerca durante mi formación.

A mis suegros y pastores, Fernando y Maribel, gracias por el amor con que han guiado nuestra vida, por sus oraciones y por su cuidado. A Anabel y Sarah, gracias por ser mi familia y por recordarme, en lo cotidiano, la importancia de vivir lo que enseño.

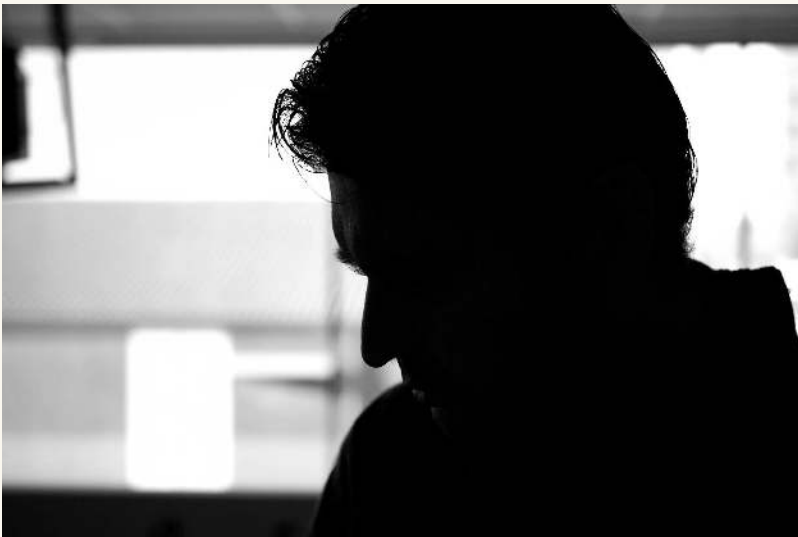
Mi gratitud a la iglesia de La Boca, en Argentina, y a la Iglesia Vida Real Reus. En estas comunidades he encontrado hogar espiritual, oportunidades para servir y hermanos que me han ayudado a crecer. No puedo separar lo aprendido al piano de lo recibido al compartir la fe con ellos.

A mi familia en Chile, a mi madre y a mis hermanos: los llevo conmigo en cada etapa del camino. Y a los músicos, cantantes, técnicos y equipos con quienes he trabajado, gracias por todo lo que me enseñaron. Algunas lecciones llegaron en momentos de alegría; otras, en conversaciones difíciles o en errores que tuvimos que corregir juntos. Todas forman parte de mi aprendizaje.

Imágenes de un camino



Fotografía musical de la edición original · @frangribodo



Andrés Gallardo · fotografía de la edición original

Prólogo

Tenía dieciséis años cuando la música comenzó a ocupar un lugar decisivo en mi vida. Me atraía aprender, descubrir cómo funcionaba un instrumento y comprobar que la práctica podía convertir una dificultad en algo que mis manos ya sabían resolver. Todavía no entendía el alcance del llamado de Dios. Lo fui reconociendo con el tiempo, mientras estudiaba, servía y permitía que otros me enseñaran.

La formación me llevó por seminarios, conservatorios, clases particulares e iglesias. En cada lugar aprendí algo distinto. Hubo maestros que ampliaron mis recursos musicales y comunidades que confrontaron mi carácter. También hubo experiencias que me obligaron a revisar la distancia entre lo que sabía tocar y la manera en que estaba viviendo. De ese recorrido nace este libro.

Con los años, el deseo de aprender se convirtió también en una responsabilidad de enseñar. Comencé a ver a otros músicos atravesar preguntas que yo conocía: cómo servir cuando falta experiencia, cómo recibir una corrección, cómo mantener una vida de oración en medio de las exigencias y cómo cuidar a un equipo sin convertirlo en una obligación agotadora. Quise acompañarlos con algo más que respuestas rápidas.

Mi anhelo es contribuir a la formación de músicos, a la restauración de ministros y al fortalecimiento de la alabanza congregacional. Para hacerlo, he reunido enseñanzas bíblicas, experiencias personales y asuntos prácticos del servicio. Algunas páginas hablan de ensayos y preparación; otras se detienen en heridas, motivaciones o decisiones que rara vez se ven desde la congregación. En todas ellas busco mantener la atención en Dios y en las personas que nos ha confiado.

No escribo desde una vida terminada ni desde un ministerio sin errores. Escribo como alguien que sigue siendo formado. Por eso, al compartir lo que he vivido, no pretendo convertir cada experiencia en una regla para todos. Deseo que puedas examinar estas reflexiones a la luz de la Escritura y reconocer qué necesitas trabajar en tu propia realidad.

Puedes leer el libro a solas o recorrerlo con tu equipo. Cuando una pregunta te incomode, dale tiempo. Si un testimonio te recuerda algo que has vivido, vuelve a ese recuerdo en oración. Mi esperanza es que esta lectura encuentre continuidad en tus conversaciones, en tus ensayos y en tu relación con el Señor. Allí será donde estas páginas tendrán verdadero sentido.

Teclas, fuego y redención

A los dieciséis años me interesaba la batería. Me gustaba golpear cosas, literalmente, y aquel instrumento parecía una buena manera de encauzar esa energía. Sin embargo, mi encuentro con el teclado llegó de forma inesperada, durante unas clases de música que se daban en la iglesia antes del culto. Alguien había dejado un libro abierto sobre el instrumento. Me acerqué, seguí las indicaciones y, en pocos minutos, estaba tocando ejercicios que a otros les habían llevado semanas. Aquel descubrimiento despertó en mí unas ganas de aprender que ya no me abandonaron.

Mi vida fuera de la iglesia era mucho menos ordenada. Mis padres estaban separándose y, con dieciséis años, vivía solo en La Boca, Buenos Aires. Me creía independiente, pero arrastraba un vacío que no sabía resolver. En esa etapa me acerqué a hábitos y decisiones que me hacían daño. La música empezaba a ofrecerme una dirección, aunque todavía no comprendía lo que Dios estaba haciendo conmigo.

La Iglesia Cristiana Evangélica de La Boca tuvo un lugar esencial en ese proceso. Recuerdo una comunidad comprometida con la enseñanza bíblica y con el servicio. Había hermanos que salían en camionetas y autobuses a buscar jóvenes para llevarlos a las reuniones. Conmigo tampoco se dieron por vencidos. Su perseverancia me permitió permanecer cerca de la iglesia aun cuando mi manera de vivir estaba lejos de expresar una entrega a Cristo.

A los dieciocho años, los pastores Josi, Luis y Roque me pidieron que acompañara al teclado la canción «Dios está aquí». Subí con una gabardina negra, una gorra y un paquete de cigarrillos en el bolsillo trasero del pantalón. No llegaba a ese momento con una vida resuelta. Llevaba conmigo las mismas contradicciones que había traído desde la calle.

Mientras tocaba, experimenté la presencia de Dios de una manera que no había conocido. Me resultaba difícil mantenerme en pie y sentí un fuego intenso. Lo que ocurrió con aquel paquete de cigarrillos lo recuerdo como un hecho literal: comenzó a arder, aunque yo no sufrí quemaduras. No tengo una explicación para ello. Forma parte de lo que viví aquella noche, de un encuentro que me llevó a reconocer mi pecado y mi necesidad del Señor.

Terminé de rodillas. Confesé lo que había en mi corazón y recibí el abrazo de mis pastores. Oraron por mí y hablaron a mi vida palabras de propósito, restauración y esperanza. Al recordar ese momento, lo más profundo sigue siendo la misericordia con que fui recibido. Allí reconozco el comienzo de mi entrega verdadera a Cristo.

Después vinieron dos años de formación en Casa Bíblica, el seminario del ministerio Ríos de Vida, en Quilmes. La enseñanza, la oración y la convivencia fueron dando forma a lo que había comenzado en La Boca. Más adelante participé en la obra misionera, serví en diferentes lugares de Argentina y de otros países, y llegué a Europa, donde he continuado mi camino.

La música ha estado presente en todas esas etapas. He enseñado a personas que se acercaban por primera vez a un instrumento y he acompañado a equipos que necesitaban crecer. En ese trabajo fui comprendiendo que formar a un músico de iglesia también implica hablar de carácter, responsabilidad, comunión y servicio. Saber resolver un acorde es necesario; aprender a escuchar a un hermano requiere otra clase de atención.

Comparto mi historia con reverencia y gratitud. Dios me permitió encontrar un propósito cuando yo apenas sabía hacia dónde dirigirme. Si estas páginas pueden ayudarte a reconocer su obra en tu vida y a servir con mayor madurez, habrán cumplido el deseo con que las escribí.

PARTE I

Identidad y fundamento espiritual



El llamado, la vida interior y la Escritura.

CAPÍTULO 01

El llamado: identidad antes que función

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

1 PEDRO 2:9 · RVR1960

Cuando alguien me dice que quiere formar parte del ministerio de alabanza, suelo hacerle una pregunta: «¿Por qué quieres entrar?». La respuesta me ayuda a iniciar una conversación que considero más importante que la primera prueba musical. Quiero conocer a la persona que habrá detrás del instrumento: qué espera encontrar, qué entiende por servicio y cómo está viviendo su relación con Dios.

He escuchado respuestas como «Quiero servir al Señor» y «Es mi sueño». Ambas necesitan ser conversadas. Podemos hablar de servicio y, al mismo tiempo, desear reconocimiento; también podemos tener un sueño sincero que Dios vaya formando y orientando. Una frase no me permite conocer todas las motivaciones de alguien. Por eso procuro escuchar más allá de la respuesta inicial y ayudarlo a examinar lo que busca.

La pregunta también vuelve hacia mí. Después de años en el ministerio, sigo necesitando revisar por qué hago lo que hago. La experiencia no nos vuelve inmunes a la ambición, a la comparación o al deseo de sentirnos indispensables. Podemos

aprender a dirigir una reunión y continuar evitando asuntos del corazón que requieren la atención del Señor.

Antes de asumir una responsabilidad

El llamado comienza en nuestra relación con Dios. Él nos recibe como hijos y nos forma para vivir cerca de él; desde esa pertenencia aprendemos a servir. Si invertimos el orden, corremos el riesgo de buscar en una función la seguridad que necesitamos encontrar en el Padre. Entonces cualquier cambio de puesto, cualquier descanso o cualquier músico nuevo puede parecernos una amenaza.

La identidad que describe Pedro es la de un pueblo que pertenece a Dios y ha recibido su misericordia. De esa gracia nace la tarea de anunciar sus virtudes. El texto me recuerda que servir no es una manera de ganar un lugar en su familia. Ya hemos sido llamados a su luz, y nuestra respuesta consiste en vivir y actuar desde esa realidad.

Esta convicción se prueba en situaciones sencillas: cuando debemos esperar, cuando otra persona recibe la oportunidad que deseábamos o cuando nos piden colaborar en algo que nadie verá. Allí descubrimos cuánto depende nuestra disposición del lugar que ocupamos. Aprender a permanecer fieles en esas circunstancias también forma parte del llamado.

El talento necesita un proceso

La habilidad musical es un regalo que debe desarrollarse con disciplina. No desprecio el talento ni creo que la preparación sea secundaria. He dedicado una parte importante de mi vida a estudiar y enseñar. Sin embargo, he visto crecer las destrezas de algunos músicos mientras quedaban desatendidas su humildad, su responsabilidad o su capacidad de convivir con otros.

Cuando la habilidad avanza más rápido que el carácter, la plataforma puede exponer fragilidades para las que todavía no

estamos preparados. El aplauso no las resuelve. En ocasiones las esconde durante un tiempo, hasta que una corrección o un desacuerdo revela lo que se había evitado trabajar.

Por eso valoro el proceso de formación que ocurre lejos de la mirada pública. Estudiar cuando nadie escucha, orar sin tener una reunión que dirigir, cumplir una responsabilidad pequeña y pedir perdón cuando hemos fallado nos ayudan a crecer con integridad. Son prácticas que permiten que el servicio descanse sobre una vida que también se está dejando enseñar.

Servir desde la condición de hijo

En las tentaciones de Jesús aparece el desafío dirigido a su identidad: **«Si eres Hijo de Dios...»** (Mateo 4:3, fragmento). El relato me lleva a pensar en las ocasiones en que intentamos demostrar quiénes somos mediante lo que hacemos. En nuestro caso, esa necesidad puede expresarse tocando más de lo necesario, resistiendo un relevo o aceptando tareas que no podemos sostener.

La seguridad en el Padre nos permite servir con mayor libertad. Podemos reconocer nuestros límites sin sentir que hemos perdido valor, aprender de otro músico y celebrar su crecimiento. También podemos aceptar que una temporada de formación o de espera sea parte del cuidado de Dios, aunque no coincida con nuestros planes.

Quisiera que cada integrante de un equipo supiera que su vida importa más que el puesto que cubre. Necesitamos su compromiso, pero también deseamos verlo crecer en la fe, en sus relaciones y en su manera de vivir. El ministerio se fortalece cuando esta preocupación es real y no se reduce a palabras de bienvenida.

El propósito que orienta el servicio

Dios nos llama a dar testimonio de él con la vida entera. Cuando cantamos o tocamos, ponemos nuestras capacidades al servicio de ese propósito y acompañamos a la congregación en su adoración. Es un privilegio que pide preparación, reverencia y atención a las personas. La música se vuelve entonces una forma concreta de ofrecer al Señor lo que hemos recibido.

Antes de preguntarte qué lugar te corresponde, considera cómo estás respondiendo a Dios en el lugar donde ya estás. ¿Hay algo que necesitas ordenar? ¿Una conversación pendiente, una corrección que has resistido o un hábito que debilita tu comunión? El llamado también se reconoce en la disposición a atender esas cosas. Desde allí puede crecer un servicio que no dependa de ser visto para mantenerse fiel.

Oración

Padre, gracias por llamarme a tu luz y recibirme como hijo. Ayúdame a encontrar en ti mi seguridad y a examinar con sinceridad mis motivaciones. Forma mi carácter mientras desarrollo mis capacidades. Enséñame a esperar, a aprender y a servir con amor en la responsabilidad que hoy tengo. Que mis manos, mi voz y mi manera de vivir den testimonio de tu gracia. Amén.

CAPÍTULO 02

Fundamentos espirituales del ministerio

Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

COLOSENSES 3:17 · RVR1960

Hay una pregunta que conviene hacer antes de elegir canciones o preparar un ensayo: ¿por qué adoramos? La costumbre puede llevarnos a responder demasiado rápido. Sabemos que la alabanza forma parte del culto y conocemos el momento en que debemos comenzar, pero esa familiaridad no garantiza que hayamos considerado lo que estamos ofreciendo a Dios.

Adoramos porque hemos sido alcanzados por él y reconocemos su dignidad, su grandeza y su misericordia. Al dirigirnos al Señor, respondemos a lo que conocemos de su carácter y a lo que ha hecho por nosotros. Esa respuesta puede tomar forma de canto, oración, gratitud, obediencia o silencio reverente. Su continuidad en la vida diaria da profundidad a lo que expresamos cuando nos reunimos.

Una respuesta que se aprende

La Escritura nos llama a adorar y nos enseña a hacerlo. El salmista invita al pueblo a acercarse con reverencia:

Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.

SALMO 95:6 • RVR1960

La invitación une lo que confesamos acerca de Dios con nuestra respuesta ante él. Nos postramos delante de nuestro Hacedor porque reconocemos de quién procede la vida. Conocer esta verdad impide que la adoración quede reducida a una obligación sin sentido. El mandato encuentra una respuesta viva en el corazón que recuerda la gracia recibida.

Al pensar en mi primera experiencia al teclado, reconozco esa relación entre encuentro y respuesta. Yo no llegué con una vida ejemplar que pudiera ofrecer como credencial. Fui recibido con misericordia, y ese amor me llevó al arrepentimiento. Desde entonces, la gratitud ha sido una razón profunda para servir. Necesito volver a ella cuando las tareas comienzan a ocupar toda mi atención.

Lo que la música puede expresar

La música tiene una capacidad extraordinaria para conmovernos. Una melodía puede despertar un recuerdo, acompañar el dolor o expresar una alegría que nos cuesta poner en palabras. Esa capacidad merece cuidado, especialmente cuando la usamos en la iglesia. La emoción que produce una canción puede acompañar un encuentro con Dios, pero, por sí sola, no nos permite saber qué está ocurriendo en el corazón de cada persona.

Por eso es necesario atender a la letra, al contexto y al propósito con que cantamos. Una ejecución hermosa puede ayudar a la congregación a participar; también puede absorber tanta

atención que resulte difícil seguir el contenido. Nuestro trabajo consiste en preparar la música de modo que sirva a la oración del pueblo y haga comprensible lo que estamos confesando.

Esta responsabilidad alcanza nuestra vida fuera de la reunión. **Colosenses 3:17** incluye las palabras y los hechos, no únicamente las actividades que llamamos ministeriales. La gratitud al Padre debe poder reconocerse en el trato a los hermanos, en la honestidad y en la forma de cumplir las responsabilidades que nos han sido confiadas.

Adorar en medio de la dificultad

En la Biblia encontramos al pueblo de Dios respondiendo con fe en circunstancias que parecían cerradas. El relato de Jericó, en **Josué 6**, describe la obediencia de Israel, el sonido de las trompetas y el clamor del pueblo ante una orden concreta del Señor. No presenta una fórmula musical que podamos repetir para obtener el mismo resultado. Nos recuerda que la confianza se expresa obedeciendo a Dios aun cuando no dominamos las circunstancias.

Desde esa confianza comprendo la dimensión de lucha espiritual presente en la adoración. He servido en medio de pruebas y he visto cómo la oración y el canto ayudaban a una comunidad a volver su mirada al Señor. No siempre desaparecieron las dificultades de inmediato, pero pudimos afirmarnos en su fidelidad y dejar de enfrentar la situación como si dependiera únicamente de nuestras fuerzas.

En espíritu y en verdad

La enseñanza de Jesús en **Juan 4:23–24** orienta toda esta reflexión. La adoración no queda encerrada en un lugar ni se resuelve con una forma exterior. Necesitamos acercarnos a Dios con sinceridad y permitir que su verdad examine lo que pensamos, lo que decimos y lo que buscamos.

Para un ministro de alabanza, esto supone algo muy concreto: conocer la Palabra que canta, cultivar la oración y permanecer dispuesto a ser corregido. La sinceridad no reemplaza el conocimiento de Dios; el conocimiento tampoco vuelve innecesaria la entrega del corazón. Ambos deben encontrarse en una vida que aprende a responderle.

Cuando recuerdo la gracia con que Dios me recibió, encuentro libertad para acercarme de nuevo. No tengo que fingir que todo está bien. Puedo reconocer mi necesidad, recibir su perdón y continuar creciendo. Esa misma libertad es la que deseo que encuentre la congregación cuando adoramos juntos.

CAPÍTULO 03

El corazón del adorador

Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.

SALMO 51:17 · RVR1960

En un congreso al que asistí, observé una escena que me hizo pensar en mi propia manera de servir. El director pidió una canción y el joven que estaba al teclado no la conocía. En lugar de dar paso a otro músico, intentó seguir las indicaciones de los acordes mientras la reunión continuaba. Desde mi asiento percibía la dificultad y notaba que mi atención se desplazaba hacia el esfuerzo por resolverla.

No podía conocer todas las razones del muchacho ni lo que estaba sintiendo en ese momento. Sin embargo, la escena me dejó una pregunta que sí podía hacerme: si hubiera estado en su lugar, ¿habría aceptado ceder el instrumento? Es fácil recomendar humildad desde la congregación. La dificultad llega cuando la decisión pone en juego nuestra imagen o el lugar que nos cuesta soltar.

Aprender a recibir ayuda

La humildad se vuelve visible en la manera en que aprendemos. Un músico puede tener años de experiencia y continuar escuchando con interés a otros; también puede cerrarse a cualquier sugerencia porque teme que aceptar ayuda disminuya su autoridad. Esa segunda actitud termina limitando su formación y dificulta el trabajo del equipo.

Necesitamos poder reconocer lo que todavía no sabemos. Si desconocemos una canción, un recurso técnico o una dinámica de la congregación, pedir orientación nos permite servir mejor. Hay ocasiones en que la respuesta más útil será estudiar y volver a intentarlo. En otras, convendrá ceder el lugar a quien esté preparado y acompañar desde una responsabilidad diferente.

Yo también he cometido errores al tocar. Recuerdo una ocasión en que mi primera reacción fue buscar una justificación. Quería explicar el fallo antes de que alguien pudiera interpretarlo como falta de capacidad. Al revisar lo ocurrido delante del Señor, comprendí cuánto necesitaba aprender a recibir una corrección sin defender inmediatamente mi imagen. El error musical podía trabajarse; mi resistencia a reconocerlo pedía una atención más profunda.

Obedecer dentro de una comunidad

El servicio congregacional nos sitúa junto a otras personas y bajo una dirección compartida. No podemos actuar como si cada decisión dependiera únicamente de nuestro criterio. Escuchar las indicaciones, respetar los acuerdos y conversar las diferencias son expresiones concretas de una disposición a caminar juntos.

La obediencia requiere humildad, pero también comprensión. Un equipo crece cuando sus integrantes conocen el propósito de lo que hacen y pueden formular preguntas con respeto. La dirección espiritual y pastoral debe ayudarnos a responder a Dios, a asumir nuestras responsabilidades y a tratar a los hermanos con cuidado. Cuando surge una diferencia, vale la pena hablarla con sinceridad y procurar resolverla sin convertir el ensayo o el culto en una disputa.

Una vida que se deja examinar

La pureza del corazón se cultiva delante del Señor. Implica reconocer el pecado, pedir perdón y abandonar aquello que alimenta una vida dividida. No equivale a presentarnos como personas sin luchas. La confesión sincera nos permite dejar de ocultarnos y buscar la ayuda que necesitamos para crecer.

El salmo con que comienza este capítulo me da esperanza porque habla de un corazón contrito que Dios no desprecia. Podemos acercarnos con nuestra necesidad real, sin usar el ministerio como una manera de cubrirla. Una buena participación en el culto no sustituye la reconciliación pendiente ni resuelve por sí misma un hábito que nos está dañando.

Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; pero Jehová pesa los espíritus.

PROVERBIOS 16:2 · RVR1960

Es posible sentirnos satisfechos con nuestra conducta y, aun así, necesitar que Dios examine nuestros motivos. La comparación con otros suele dejarnos bien parados; la presencia del Señor nos invita a una sinceridad más profunda. Allí podemos reconocer tanto el deseo de agradarle como las búsquedas de reconocimiento que se han mezclado con él.

Las luchas que necesitamos conversar

Hay días en que servimos con alegría y otros en que llegamos cansados, preocupados o emocionalmente frágiles. Reconocerlo permite recibir acompañamiento y, cuando sea necesario, descansar. Fingir fortaleza por temor a perder un puesto puede volver más difícil una situación que necesitaba cuidado desde el principio.

También es natural alegrarnos cuando alguien valora nuestro trabajo. El problema aparece cuando esa aprobación se vuelve la razón que sostiene nuestra disposición. Si solo podemos celebrar cuando somos nosotros quienes recibimos reconocimiento, algo necesita ser llevado a la oración y al diálogo.

Pablo orienta nuestra mirada hacia el hermano:

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.

FILIPENSES 2:3-4 • RVR1960

Esta exhortación cobra forma cuando dejamos espacio a otro músico, escuchamos al técnico o celebramos el progreso de quien está comenzando. Aprendemos a considerar qué necesita el conjunto y a ofrecer nuestras capacidades sin exigir que todo gire alrededor de ellas.

Al terminar este capítulo, vuelve a la escena del congreso y colócate, como hice yo, frente a la pregunta que dejó. ¿Puedes ceder una responsabilidad sin sentir que pierdes tu valor? ¿Hay alguna corrección que todavía te cuesta recibir? ¿Puedes adorar desde tu asiento y alegrarte por quien está sirviendo? Las respuestas no buscan condenarte. Pueden mostrarte por dónde necesita continuar tu formación.

CAPÍTULO 04

Fundamentos bíblicos de la alabanza y la adoración

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

JUAN 4:24 • RVR1960

La Biblia ofrece una visión de la alabanza más amplia que cualquier repertorio o tradición musical. En sus páginas encontramos gratitud, confesión, celebración, lamento y esperanza. Escuchar esa variedad nos ayuda a acompañar a una congregación que también llega con experiencias diferentes. No todos cantan desde la misma circunstancia, pero todos necesitan aprender a dirigirse a Dios con verdad.

El Antiguo Testamento describe distintas etapas del culto de Israel. En la organización del servicio bajo David aparecen levitas con responsabilidades musicales específicas, y la vida del templo incorpora cantores e instrumentos. Esa preparación muestra la seriedad con que se asumía el servicio. Conviene, sin embargo, leer cada escena en su momento histórico, sin convertir la estructura del antiguo templo en una copia obligatoria para todos los equipos actuales.

Un pueblo que participa

La responsabilidad de los músicos siempre debe entenderse en relación con el pueblo. Quienes dirigen ayudan a que otros participen, conozcan lo que cantan y puedan responder al Señor. Si la preparación del equipo termina haciendo de la congregación una audiencia que apenas comprende o sigue la música, necesitamos revisar cómo estamos sirviendo.

En el Nuevo Testamento encontramos la enseñanza y la exhortación mutuas mediante salmos, himnos y cánticos espirituales, como señalan **Efesios 5:19** y **Colosenses 3:16**. El canto forma parte de la vida compartida de la iglesia. También aparece en situaciones de sufrimiento: **Hechos 16:25** sitúa a Pablo y Silas orando y cantando en una cárcel, mientras los demás presos los escuchaban. Cada escena amplía nuestra comprensión del lugar que puede ocupar la alabanza.

Palabras que amplían nuestra comprensión

Al estudiar el Antiguo Testamento encontramos varios términos hebreos relacionados con la alabanza. Vale la pena conocerlos sin convertirlos en una clasificación rígida de canciones, gestos o etapas del culto. El significado de una palabra debe leerse dentro de su contexto; una misma expresión puede aparecer en situaciones distintas.

Yadah se emplea con sentidos como dar gracias, alabar o confesar. En la adoración nos recuerda la importancia de reconocer lo que Dios ha hecho y de dirigirnos a él con gratitud. Levantar las manos puede acompañar esa respuesta, pero no agota el significado del término ni permite medir la sinceridad de quien canta.

Tehillah se refiere a la alabanza y puede designar un canto de alabanza. Halal expresa la acción de alabar o celebrar; está relacionado con la expresión «aleluya». Zamar se vincula con el canto y la música, incluido el acompañamiento instrumental.

En conjunto, estas palabras nos ayudan a apreciar la riqueza de las expresiones bíblicas sin obligarnos a encerrar cada una en un único gesto o estilo.

Cuando las enseñamos a un equipo, el propósito debe ser comprender mejor la Escritura. Podemos invitar a la gratitud, al canto y a la celebración con libertad, cuidando que ninguna forma externa se convierta en una prueba de espiritualidad. La atención permanece en Dios y en la verdad que expresamos delante de él.

La confianza que sostiene el canto

En **2 Crónicas 20**, Josafat y el pueblo enfrentan una amenaza que supera sus fuerzas. La oración, la respuesta recibida y la obediencia forman parte de la historia antes de que aparezcan los cantores al frente del ejército. Leer la secuencia completa nos ayuda a comprender que la victoria procede del Señor y que el canto expresa la confianza del pueblo en su palabra.

Este relato anima nuestra fe cuando atravesamos dificultades. Podemos alabar a Dios en medio de la incertidumbre y afirmar su fidelidad mientras esperamos. Al mismo tiempo, debemos evitar tratar una canción como un mecanismo capaz de controlar su respuesta. La adoración nos sitúa delante de él con dependencia y esperanza.

Para trabajar a solas

Lee el **Salmo 100** y **2 Crónicas 20:21–22** dentro de sus respectivos contextos. Después, reserva un momento para examinar tu respuesta personal a Dios.

1. ¿Con qué actitud sueles comenzar a alabar? Describe lo que te ayuda a participar y lo que tiende a distraerte.
2. ¿Cómo influye la alabanza en tu manera de enfrentar una dificultad? Distingue entre lo que esperas de Dios y lo que intentas controlar.

3. ¿Te resulta más natural agradecer, celebrar, cantar o acompañar con un instrumento? ¿Qué otra expresión bíblica podrías comprender mejor?
4. ¿Qué área de tu vida o de tu servicio necesitas presentar al Señor con mayor humildad?

Para conversar con el equipo

1. Cuando decimos que la alabanza «cambia la atmósfera», ¿qué queremos comunicar? ¿Cómo relacionamos esa expresión con los textos leídos?
2. ¿Qué aprendemos de la preparación de los levitas y qué diferencias debemos reconocer entre su contexto y el nuestro?
3. ¿Recuerdas una ocasión en que cantar u orar te ayudó a atravesar una situación difícil?
4. ¿Cómo podemos cuidar la humildad y la pureza en nuestras relaciones, especialmente durante los desacuerdos?
5. ¿Qué formas nuevas o tradicionales podrían ayudar a participar a nuestra congregación sin imponer gustos personales?

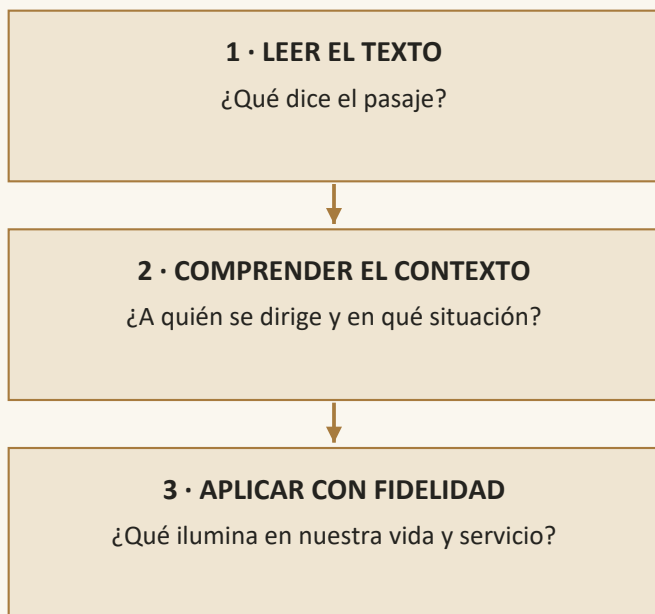
Llevar lo aprendido al ensayo

Elijan canciones que permitan expresar gratitud, celebración y entrega, atendiendo a sus letras y a la realidad de la iglesia. Pueden comenzar o terminar el ensayo con un pasaje bíblico relacionado con el repertorio y dedicar unos minutos a comprenderlo juntos. Así, la lectura no quedará como un trámite separado de lo que van a cantar.

Otra posibilidad es estudiar los términos anteriores en pequeños grupos y compartir un canto, una oración o un poema que dialogue con lo aprendido. Al hacerlo, acompañen especialmente a quienes están comenzando. Si alguien duda o se equivoca, ayúdenlo a encontrar su lugar en la tarea común. La enseñanza bíblica se vuelve creíble cuando también transforma la manera en que nos tratamos.

ESQUEMA DE LECTURA

Leer antes de aplicar



La aplicación nace de la lectura del pasaje y respeta su contexto.

PARTE II

Formación, técnica y sensibilidad



Consagración, aprendizaje y escucha del Espíritu.

CAPÍTULO 05

La santidad como ambiente de adoración

Sed santos, porque yo soy santo.

1 PEDRO 1:16 • FRAGMENTO • RVR1960

Durante un tiempo viví en Hudson, en la provincia de Buenos Aires, y trabajé en una imprenta en Wilde. Dependía del tren para llegar a horario. Una mañana me quedé dormido y salí de casa con tanta prisa que apenas alcancé a ver cómo el tren se alejaba de la estación. Sabía que tendría que esperar al menos media hora para el siguiente y que llegaría tarde al trabajo.

Entonces apareció un autobús. Subí sin detenerme a comprobar el recorrido y, durante unos minutos, sentí el alivio de haber encontrado una solución. Estaba en marcha; parecía que había reaccionado a tiempo. Pero, después de unos veinte minutos, comencé a notar que las calles no me resultaban conocidas. Me acerqué al conductor y le pregunté cuánto faltaba para Wilde.

—Este autobús no va a Wilde. Va a la ciudad de La Plata. Está yendo en dirección contraria.

La respuesta terminó con mi tranquilidad. Había perdido el tren y, al intentar resolverlo deprisa, me había alejado todavía más del destino. Mi problema ya no era la demora, sino la dirección que había elegido sin prestar atención.

Con el tiempo, Dios me hizo recordar aquella mañana para examinar mi vida espiritual. En el ministerio podemos mantener una actividad intensa y dar por sentado que estamos avanzando bien. Ensayamos, cantamos, enseñamos y

organizamos reuniones. Sin embargo, el movimiento no responde por sí solo a la pregunta de hacia dónde se dirige nuestro corazón. Necesitamos detenernos lo suficiente para escuchar al Señor y revisar el camino.

Una vida consagrada

La santidad tiene que ver con pertenecer a Dios y vivir de acuerdo con esa pertenencia. El lenguaje bíblico de la consagración nos invita a reconocer que nuestra vida ha sido apartada para él. Evitar el pecado forma parte de esa respuesta, pero también la disposición a ofrecerle nuestras decisiones, nuestros hábitos y la manera en que tratamos a los demás.

Para quienes servimos en la alabanza, esto alcanza mucho más que el tiempo que pasamos sobre la plataforma. La misma persona que canta el domingo conversa con su familia, trabaja, administra sus recursos y toma decisiones cuando nadie de la iglesia está presente. La consagración da continuidad a esas áreas y nos llama a vivir con coherencia.

Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.

2 TIMOTEO 2:21 · RVR1960

La imagen del instrumento me resulta cercana, pero sería incompleta si solo la aplicara al piano o al micrófono. Soy yo quien necesita permanecer disponible para el Señor. Puedo cuidar el sonido y, al mismo tiempo, descuidar algo que afecta mis relaciones o mi conciencia. Este pasaje me invita a permitir que Dios examine la vida que pongo a su servicio.

Lo que llevamos a la reunión

Cada integrante de un equipo llega al culto con una historia, unas relaciones y una vida espiritual. Lo que cultivamos durante la semana influye en nuestra manera de escuchar, responder y acompañar a la congregación. Una vida de oración nos ayuda a servir con atención; un conflicto que nos negamos a tratar puede trasladar tensión al trabajo común.

Cuando hablo de cuidar el ambiente de adoración, me refiero también a esta responsabilidad. No podemos fabricar la presencia de Dios con una combinación de recursos musicales. Sí podemos ofrecer un servicio reverente, actuar con honestidad y evitar que nuestras actitudes dificulten la participación de otros. La comunión con el Señor nos hace conscientes del privilegio de estar allí y del cuidado que merece su pueblo.

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

1 CORINTIOS 3:16 · RVR1960

Pablo dirige estas palabras a una comunidad. Recordarlas nos ayuda a comprender que el cuidado espiritual del equipo no es un asunto aislado de cada músico. También se expresa en la unidad, en el respeto y en la manera de edificar juntos. La santidad tiene una dimensión personal y una consecuencia visible en nuestra vida compartida.

Un proceso que pide sinceridad

La consagración se aprende día a día. Habrá debilidades que reconocer, decisiones que corregir y hábitos que trabajar con ayuda. La gracia de Dios nos permite hacerlo sin fingir perfección. Al mismo tiempo, esa gracia nos llama a tomar en serio aquello que está dañando nuestra comunión con él.

Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

HEBREOS 12:14 • RVR1960

Me llama la atención que la exhortación reúna la paz con los demás y la santidad. No puedo hablar de una vida consagrada mientras me desentiendo del daño que causo a un hermano. Buscar la paz puede requerir una conversación incómoda, una disculpa o la renuncia a seguir alimentando una discusión. Son decisiones poco visibles, pero esenciales para el servicio.

Cuando llamo «altar» al lugar donde ministramos, uso una imagen de entrega. Allí ofrecemos al Señor nuestras capacidades con reverencia. Ese sentido se pierde si comenzamos a tratar la reunión como una oportunidad de lucimiento. La preparación musical conserva su valor, pero encuentra su dirección en el deseo de honrar a Cristo y servir a su iglesia.

Todavía recuerdo el alivio equivocado que sentí al subir a aquel autobús. Me había bastado comprobar que avanzaba. Por eso necesito volver a preguntar, también en las temporadas de mayor actividad: ¿estoy atendiendo a lo que Dios me muestra o solo estoy tratando de llegar a todo? La santidad nos ayuda a revisar esa dirección y a corregir el rumbo antes de alejarnos más.

CAPÍTULO 06

La formación espiritual y técnica

Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos.

2 TIMOTEO 1:6 · RVR1960

Una de las lecciones más difíciles de mis comienzos ocurrió durante un culto dominical en Quilmes, ante más de seiscientas personas. Yo acompañaba al piano cuando un pastor se acercó, me saludó y preguntó si estaba preparado. Respondí con un «Amén» seguro. Entonces comenzó a cantar una canción tan antigua que nunca la había escuchado.

Intenté encontrar el tono, reconocer la base y seguir el ritmo. Tenía cierta capacidad auditiva, pero no lograba resolver aquella canción mientras el culto continuaba. El pastor me preguntó si la conocía y, al ver la dificultad, me pidió que dejara el piano. Llamó al tecladista principal para que continuara.

Me sentí devastado. Aquel músico me abrazó, se hizo cargo de la canción y me invitó a quedarme a su lado. Su manera de recibirme fue importante: en medio de la vergüenza, me permitió seguir cerca y aprender. Al terminar el culto, el pastor también se acercó y me abrazó. Me dijo con ternura que necesitaba prepararme más, que no podía detener lo que estaba ocurriendo porque el músico no estuviera listo.

Muchas personas me han preguntado después por qué no cambió la canción. Entiendo la pregunta. No relato esta

experiencia para establecer una manera de corregir públicamente a los músicos. Cuento lo que produjo en mí: vi mis limitaciones y decidí asumir con más seriedad la preparación. En aquel momento quise duplicar mis horas de estudio y prometí al Señor que haría todo lo posible por servir sin convertirme en un obstáculo.

Aprender con responsabilidad

Durante casi tres años llegué a dedicar jornadas de hasta doce horas al piano. Fue una etapa intensa, con renunciaciones, cansancio y mucha práctica. Ese ritmo pertenece a mi historia; no es una medida que todos deban repetir para demostrar compromiso. Lo que deseo transmitir es la disposición a trabajar con constancia y a aprovechar responsablemente las oportunidades de formación.

El talento necesita práctica para desarrollarse. La teoría, la armonía, el oído, el ritmo y el conocimiento del instrumento amplían nuestra capacidad de responder cuando servimos. También nos ayudan a comprender qué está ocurriendo musicalmente y a colaborar con otros sin depender siempre de indicaciones de última hora.

He usado a menudo la expresión «cien por ciento espiritual y cien por ciento técnico» para explicar esta responsabilidad. No se trata de dividir nuestra entrega en dos mitades. Debemos tomar en serio tanto la formación musical como la vida de comunión con Dios. Descuidar una de ellas deja incompleto el servicio que queremos ofrecer.

Pero hágase todo decentemente y con orden.

1 CORINTIOS 14:40 • RVR1960

El orden del que habla Pablo se relaciona con la edificación de la iglesia. Para nosotros, preparar un ensayo o estudiar una canción tiene ese mismo horizonte de servicio: ayudar a que la reunión se desarrolle con claridad y a que la congregación pueda participar.

La formación que recibí en Casa Bíblica

Mi paso por Casa Bíblica, en el ministerio Ríos de Vida de Quilmes, fue decisivo. Allí recibí enseñanza formal, pero también viví tiempos de oración y adoración que trabajaron mi corazón de una manera profunda. Recuerdo devocionales que terminaban en lágrimas, silencio y oración de rodillas. En ocasiones dejábamos de tocar porque necesitábamos responder personalmente a lo que Dios estaba haciendo.

Estas experiencias me ayudaron a comprender el lugar de la música en el ministerio. El instrumento estaba al servicio de nuestra relación con el Señor. Había momentos para acompañar con cuidado y otros en que debía callar. Aprender esa diferencia requería una disposición que no se adquiría únicamente estudiando escalas.

La oración, la lectura bíblica, la confesión, la obediencia y la vida en comunidad fueron formando esa sensibilidad. Sigo necesitando esas prácticas. Un congreso puede animarnos y una clase puede abrirnos una posibilidad nueva, pero la continuidad de la formación se decide en la vida cotidiana.

David: habilidad y vida delante de Dios

La descripción de David reúne varias cualidades. Cuando se buscó a alguien que tocara para Saúl, uno de los criados habló de su habilidad, su valentía, su prudencia y la presencia del Señor en su vida:

He aquí yo he visto a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tocar, y es valiente y vigoroso y hombre de guerra, prudente en sus palabras, y hermoso, y Jehová está con él.

1 SAMUEL 16:18 · FRAGMENTO · RVR1960

El relato no separa al músico de la persona. David es presentado con una capacidad concreta para tocar y con rasgos que también importaban para la responsabilidad que iba a recibir. Más adelante, la Escritura narra el alivio que experimentaba Saúl cuando él tocaba:

Y cuando el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl, David tomaba el arpa y tocaba con su mano; y Saúl tenía alivio y estaba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él.

1 SAMUEL 16:23 · RVR1960

Estas escenas afirman mi confianza en que Dios puede usar la música para traer consuelo, libertad y restauración. Las recibo como testimonio de su obra, sin convertir la habilidad de David en una técnica para producir resultados espirituales. El poder pertenece al Señor; a nosotros nos corresponde prepararnos y permanecer disponibles.

Una disciplina que puede sostenerse

La formación necesita continuidad y objetivos concretos. Reconocer qué debemos estudiar, reservar tiempo para hacerlo y escuchar la evaluación de alguien con experiencia nos ayuda a avanzar. También necesitamos cuidar el descanso y las responsabilidades familiares. La constancia se debilita cuando intentamos sostener exigencias que terminan agotándonos.

Mas el alma de los diligentes será prosperada.

PROVERBIOS 13:4 · FRAGMENTO · RVR1960

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios.

1 PEDRO 1:13 · FRAGMENTO · RVR1960

Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra.

JOSUÉ 1:7 · FRAGMENTO · RVR1960

Estos textos hablan de diligencia, sobriedad y obediencia en sus respectivos contextos. Nos invitan a una vida atenta, capaz de asumir responsabilidades. Cuando los llevamos a nuestra formación, conviene hacerlo con ese sentido amplio y no como una presión para demostrar espiritualidad mediante un rendimiento sin límites.

Hay un texto cuya fuerza exige especial atención al contexto:

Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová.

JEREMÍAS 48:10 • FRAGMENTO • RVR1960

El pasaje pertenece a un anuncio de juicio sobre Moab, y esa ubicación no debe ignorarse al relacionarlo con nuestro servicio. Para orientar el trabajo cotidiano del equipo, encuentro una exhortación directa en Colosenses:

Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres.

COLOSENSES 3:23 • RVR1960

Prepararnos para estar disponibles

Cuando busco músicos para un equipo, me importa conocer sus capacidades y también su disposición a aprender, escuchar y servir. Deseo trabajar con personas que puedan acompañar una canción, responder a una indicación y aceptar que, en ocasiones, la mejor contribución será tocar menos. Esa disponibilidad crece cuando la preparación nos da recursos y la comunión con Dios orienta su uso.

La escena del tañedor ante Eliseo vuelve a mi memoria al pensar en esa entrega:

Y mientras el tañedor tocaba, la mano de Jehová vino sobre Eliseo.

2 REYES 3:15 • FRAGMENTO • RVR1960

En el servicio musical organizado por David también había enseñanza y destreza:

Instruidos en el canto para Jehová, todos los aptos.

1 CRÓNICAS 25:7 • FRAGMENTO • RVR1960

La preparación y la vida espiritual pueden crecer juntas. Deseo que mi estudio sea una manera de honrar al Señor y que mi relación con él me enseñe a usar lo aprendido con humildad. Esa formación continúa cada vez que vuelvo al instrumento y cada vez que permito que Dios examine mi corazón.

ESQUEMA DE LECTURA

Dos dimensiones de una misma formación



La comunión y la preparación musical se desarrollan de forma continua.

CAPÍTULO 07

Sensibilidad al Espíritu Santo

El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.

JUAN 3:8 • RVR1960

En un retiro en la montaña, mientras ministrábamos, sentí que debíamos disminuir la intensidad de la música. Había sido un tiempo hermoso de adoración y el equipo estaba atento. Poco a poco fuimos dejando espacio, hasta que los demás instrumentos callaron y el piano quedó sosteniendo un sonido muy tenue. Nadie dio un discurso para explicar lo que ocurría. Permanecimos en silencio.

Entonces una mujer sollozó y dijo: «Te necesito». Fue una oración sencilla, pronunciada en voz baja. A su alrededor comenzaron a escucharse otras voces que repetían aquella necesidad. La congregación empezó a clamar y a llorar. Lo que estábamos viviendo ya no dependía de mantener una canción; necesitábamos acompañar con reverencia la respuesta de las personas a Dios.

Aquella experiencia me enseñó a prestar atención a lo que sucede más allá de mi ejecución. Si hubiese estado preocupado únicamente por completar el repertorio, quizá habría seguido tocando sin reconocer que convenía dejar espacio. La preparación musical nos ayuda a responder, pero necesitamos una disposición interior para aceptar que nuestros planes puedan cambiar.

Aprender a escuchar durante la semana

La sensibilidad al Espíritu Santo se cultiva en la relación con él. Orar, leer la Escritura y responder a lo que Dios nos muestra en la vida diaria forman nuestra manera de escuchar. Es difícil mantener una atención espiritual durante el culto si el resto de la semana hemos vivido evitando esa comunión.

No hablo de buscar impresiones extraordinarias en cada reunión. Hablo de permanecer disponibles, de atender a la Palabra y de reconocer que la dirección del Señor puede requerir paciencia. A veces continuaremos con lo que habíamos preparado. En otras ocasiones convendrá detenernos, acompañar una oración o dejar que la congregación cante sin que nuestra voz domine todo el espacio.

**Porque todos los que son guiados por el
Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios.**

ROMANOS 8:14 • RVR1960

Esta guía alcanza la vida entera. No se limita a elegir la siguiente canción. También nos conduce a obedecer, a reconocer el pecado, a amar a los hermanos y a asumir con responsabilidad lo que se nos ha confiado. Cuando olvidamos esa amplitud, podemos llamar «sensibilidad» a una impresión momentánea mientras desatendemos decisiones mucho más claras.

Libertad dentro de una vida compartida

En nuestra iglesia dedicamos los viernes a la oración. No llevamos una lista cerrada de canciones ni una estructura que deba cumplirse a toda costa. Nos reunimos para interceder, y muchas veces lo que cantamos acompaña el clamor que va surgiendo en la congregación.

Con el equipo hemos aprendido a comunicarnos también mediante una mirada o una señal sencilla. Podemos reconocer cuándo conviene cambiar la intensidad, comenzar otra canción o permanecer en silencio. Esa comprensión se ha formado trabajando juntos; necesita ensayo, confianza y atención mutua. La libertad se vuelve más útil cuando todos comprenden cómo acompañarla.

En esos momentos recuerdo una canción de mi amigo, maestro y pastor Daniel Zarza. La escuché hace años y su petición quedó conmigo. Conserva la sencillez de alguien que quiere volver a escuchar a Dios:

*Hazme sensible a Ti, quiero escuchar tu voz.
Yo quiero sentirte aquí, dentro de mi corazón.
Hazme sensible a Ti, hoy quiero encontrarte.
Quiero llorar aquí, pues quiero escuchar tu voz.
Toca mi corazón, me rindo a Tus pies, Señor.
Te pido, Señor, hazme sensible a Ti.*

Daniel Zarza · letra citada en el manuscrito original

La he recibido como una oración que necesito seguir haciendo. Después de muchos años de servicio, todavía debo cuidar que la familiaridad con el culto no me haga escuchar menos. Conocer el funcionamiento de una reunión puede ser útil; dar por sentado lo que va a ocurrir puede volvernos distraídos.

Discernir con humildad

Durante la adoración pueden surgir una oración, un silencio, una palabra o el llanto de alguien que necesita acompañamiento. Conviene prestar atención sin apresurarnos a interpretar cada reacción. No conocemos toda la historia de una persona por lo que vemos desde el piano, y no toda emoción requiere una intervención pública del equipo.

El discernimiento necesita humildad y una vida comunitaria en la que podamos escuchar también a quienes tienen

responsabilidades pastorales. Si no estamos seguros de una impresión, podemos esperar y compartirla con prudencia. No tenemos que sostener una apariencia de certeza para demostrar que somos espirituales.

La Escritura nos recuerda que es el Espíritu quien revela y guía:

Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

1 CORINTIOS 2:10 · RVR1960

Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.

HECHOS 13:2 · RVR1960

Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él.

ISAÍAS 30:21 · FRAGMENTO · RVR1960

Estos pasajes nos animan a buscar la dirección de Dios y a tomar en serio lo que él dice. También nos enseñan a escuchar dentro de una relación que incluye oración, enseñanza y comunidad. Nuestra tarea consiste en responder con fidelidad, sin usar su nombre para imponer preferencias personales.

Permanecer disponibles

Habrá reuniones llenas de expresión y otras más serenas. No necesitamos compararlas para decidir cuál tuvo más valor. Podemos preguntarnos, en cambio, si estuvimos atentos, si servimos con amor y si permitimos que la congregación participara sin presiones innecesarias.

Recuerdo aquella mujer del retiro porque su «Te necesito» expres  algo que la música había ayudado a preparar, pero que no podía sustituir. Quisiera conservar esa capacidad de escuchar. Antes de cada culto necesito revisar mi disposición:  estoy preparado para acompañar lo que Dios haga, incluso cuando mi participación deba volverse más pequeña?

Oración

Señor, hazme sensible a tu voz. Ayúdame a prestar atención a tu Palabra, a la dirección de tu Espíritu y a las personas que me confías. Líbrame de imponer mis planes por orgullo o de atribuirte lo que nace de mis preferencias. Guía cada nota, cada palabra y cada silencio. Si hoy mi oración solo alcanza a decir «Te necesito», rec bela y enséñame a permanecer cerca de ti. Amén.

CAPÍTULO 08

Adoración profética: el cielo responde al sonido

Y mientras el tañedor tocaba, la mano de Jehová vino sobre Eliseo.

2 REYES 3:15 · FRAGMENTO · RVR1960

Durante mis años en Casa Bíblica, alrededor de 2003, viví una reunión en Ríos de Vida de Quilmes que permanece en mi memoria. Estábamos adorando cuando un pastor se acercó al micrófono e invitó a la congregación a responder al Señor con reverencia. Algunos inclinaron el rostro y otros se arrodillaron. Después se volvió hacia mí y me pidió que lo siguiera con el piano.

Comenzó a cantar una frase breve: «Jesucristo vino con su amor, y mis cadenas rompió, ahora libre soy... ahora libre soy». No era un arreglo complejo ni una canción que hubiéramos ensayado. Mientras la repetíamos, la respuesta de la iglesia fue creciendo. Escuché a personas clamar, llorar y profetizar; también se oían lenguas en distintos lugares de la congregación. Recuerdo ese tiempo como una manifestación profunda de la presencia de Dios.

La sencillez de aquel canto me impresionó. Lo que estaba ocurriendo no podía explicarse por la dificultad de la música o por nuestra capacidad de producir un ambiente. Estábamos respondiendo a una dirección que recibimos con fe. Esa experiencia me ayudó a comprender por qué la disponibilidad

del ministro es tan importante como los recursos con que cuenta.

El sentido de la adoración profética

Cuando hablo de adoración profética, me refiero a una expresión de alabanza guiada por el Espíritu Santo que comunica la verdad de Dios y contribuye a la edificación de su pueblo. No la entiendo como un estilo musical reservado a ciertas canciones. Puede expresarse mediante un canto conocido, una oración cantada o una frase que acompaña lo que la iglesia está recibiendo.

La Escritura reúne música y profecía en varios relatos. Samuel describe a Saúl una escena que encontrará en su camino:

Una compañía de profetas que descienden del lugar alto, y delante de ellos salterio, pandero, flauta y arpa, y ellos profetizando.

1 SAMUEL 10:5 • FRAGMENTO • RVR1960

En la organización musical de David encontramos también esta descripción:

Asimismo David y los jefes del ejército apartaron para el ministerio a los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún, para que profetizasen con arpas, salterios y címbalos.

1 CRÓNICAS 25:1 • FRAGMENTO • RVR1960

Estas escenas ayudan a comprender la relación entre el servicio musical y la palabra recibida de Dios. En el Nuevo Testamento,

1 Corintios 14:3 señala la edificación, la exhortación y la consolación como propósitos de la profecía. Son criterios importantes para examinar lo que compartimos. La intensidad de una experiencia no vuelve innecesaria esa atención a su contenido y a su fruto.

Profetizar no se reduce a anunciar acontecimientos futuros, aunque la Biblia también contiene anuncios de ese tipo. En el contexto congregacional, necesitamos recordar que lo que decimos debe servir a las personas y permanecer sujeto a la verdad del Señor. El músico no adquiere autoridad para hablar en nombre de Dios simplemente porque está tocando.

Una conexión que necesita cuidado

Mi primer teléfono fue un Sony Ericsson T230. Lo compré cuando servía en la obra misionera en Capilla del Monte, en la provincia argentina de Córdoba. Necesitaba comunicarme con hermanos que vivían en zonas rurales, pero la señal resultaba difícil de encontrar. El lugar era hermoso, rodeado de montañas; para el teléfono, en cambio, parecía haber demasiados obstáculos.

Probaba distintas posiciones y hasta me subía a alguna piedra buscando el punto en que pudiera conectarse. El aparato era nuevo y la batería duraba mucho, pero todo eso servía de poco cuando no había cobertura. Recuerdo la frustración de terminar guardándolo en el bolsillo sin haber logrado hablar con quien necesitaba.

Con el tiempo usé esa experiencia para pensar en la comunión con Dios. Podemos contar con instrumentos, conocimiento y recursos, y aun así descuidar la relación que da sentido al servicio. El pecado que ocultamos, la autosuficiencia o la falta de oración necesitan ser atendidos. La comparación tiene un límite: Dios no es una señal que controlemos, ni toda dificultad para percibir su cercanía demuestra que haya un pecado

escondido. Lo que la escena me recuerda es mi necesidad de cuidar la relación con él.

Confianza y discernimiento

La adoración también expresa nuestra confianza en Dios durante la lucha. En **2 Crónicas 20:21–22**, los cantores avanzaron delante del ejército y el Señor dio la victoria. El relato sitúa la alabanza dentro de la obediencia a una palabra recibida. Por eso, al aplicarlo a nuestro ministerio, necesito mantener la atención en la iniciativa de Dios y en la fe del pueblo.

Esa confianza no se mide por el volumen. Podemos cantar con fuerza y sinceridad, o permanecer en un silencio reverente. Lo que debemos evitar es intentar producir una respuesta emocional para confirmar nuestras propias expectativas. Si buscamos lágrimas o reacciones como prueba de que hemos ministrado bien, podemos comenzar a presionar a las personas en lugar de acompañarlas.

El adorador necesita aprender a esperar. Una impresión debe ser examinada, y una palabra compartida debe poder ser escuchada y discernida por la comunidad. Si hemos interpretado mal algo, reconocerlo forma parte de nuestra responsabilidad. La humildad protege tanto al que ministra como a quienes reciben su servicio.

Una iglesia que participa

En algunas reuniones los responsables hacen casi todo y la congregación tiene pocas oportunidades para responder. Sin embargo, Pablo describe una comunidad en la que distintas personas contribuyen a la edificación común:

¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación.

1 CORINTIOS 14:26 · RVR1960

Ese propósito debe ordenar nuestra participación. Deseo ver una iglesia que canta, ora, escucha y responde a Dios, donde el servicio de los músicos ayuda a que otros también encuentren su voz. La adoración profética no debería volver indispensable a una sola persona ni producir dependencia de un equipo determinado.

Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

APOCALIPSIS 19:10 · FRAGMENTO · RVR1960

Cristo permanece en el centro. Al hablar de un Dios que se comunica con su pueblo, reconocemos el lugar de su Palabra, de la oración, de la predicación y de los dones que sirven a la iglesia. Los cánticos pueden participar de esa comunicación, como señalan **Efesios 5:19** y **Colosenses 3:16**. La Escritura, en cambio, conserva su autoridad para examinar lo que recibimos y expresamos.

Para profundizar en esa relación, pueden leerse también **2 Crónicas 7:12–16**; **2 Corintios 13:14**; **Salmo 119:130**; **Hechos 8:30–35**; **2 Timoteo 3:16**; **Jeremías 1:2–4**; **Amós 3:7**; **Hebreos 1:1**; **Marcos 2:2**; **1 Tesalonicenses 2:13** y **Marcos 4:33**. Cada pasaje presenta un contexto

particular que conviene respetar al estudiar cómo Dios habla y cómo su pueblo escucha.

Una práctica que nace de la comunión

Quien desea crecer en este servicio necesita perseverar en la oración, conocer la Escritura y caminar con su comunidad. No hace falta copiar la manera de ministrar de otra iglesia ni buscar un momento extraordinario en cada culto. La fidelidad se expresa atendiendo a lo que Dios nos confía aquí, con estas personas y en esta etapa.

El dominio propio, la pureza de intención y la paciencia son necesarios. También lo es permitir que otros evalúen lo que hacemos. Deseo que mi música esté disponible para el Señor y que, cuando él nos dirija a responder de una manera inesperada, podamos acompañar con reverencia. Recuerdo aquella noche en Quilmes como una invitación a esa disponibilidad, nunca como una experiencia que deba reproducirse a la fuerza.

**Suba mi oración delante de ti como el
incienso, el don de mis manos como la
ofrenda de la tarde.**

SALMO 141:2 · RVR1960

PARTE III

Comunidad, liderazgo y servicio



Personas, responsabilidades y cuidado del equipo.

CAPÍTULO 09

El trabajo en equipo: unidad y comunicación

Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.

ECLESIASTÉS 3:1 · RVR1960

He conocido temporadas en que los músicos se enteraban el día anterior de que les correspondía servir. El ensayo comenzaba tarde, faltaban indicaciones y cada integrante llegaba con una idea distinta de lo que se iba a hacer. Los errores que aparecían durante el culto no siempre eran falta de capacidad. Muchas veces habíamos colocado al equipo en una situación de confusión que podía evitarse.

Estas experiencias me enseñaron que la unidad también necesita una comunicación clara. Podemos tener buena voluntad y afecto entre nosotros, pero si nadie sabe quién participa, qué debe preparar o a qué hora se espera su llegada, acabaremos trabajando con tensión. El cuidado del equipo se expresa tanto en la oración compartida como en la información que damos a tiempo.

Un propósito que todos comprendan

Antes de repartir tareas, necesitamos recordar para qué nos reunimos. Servimos al Señor acompañando a la congregación en su adoración. Esa responsabilidad incluye a músicos, cantantes, responsables de sonido y multimedia. Todos contribuyen a una misma tarea y necesitan comprender cómo se relaciona su trabajo con el de los demás.

Cuando esa visión se comparte, resulta más fácil escuchar una sugerencia y reconocer una dificultad sin interpretarlas como ataques personales. El sonidista no está allí para competir con el volumen del músico, ni el cantante para defender su lugar frente a otra voz. Nos necesitamos para que el conjunto pueda servir con claridad.

Por eso conviene conversar las expectativas desde el principio. La puntualidad, el estudio previo, el uso de los recursos, la vestimenta cuando se acuerde y la manera de comunicar una ausencia no deberían depender de suposiciones. Los acuerdos sencillos, conocidos por todos y aplicados con coherencia, evitan muchos conflictos innecesarios.

Un repertorio que podamos compartir

La selección de canciones requiere oración, conocimiento de la congregación y atención a lo que se está enseñando. También pide una comunicación musical suficiente para que cada integrante pueda prepararse. No basta con enviar un título cuando existen varias versiones, tonalidades o arreglos de una misma canción.

Es útil indicar la versión de referencia, la tonalidad, la estructura y cualquier cambio previsto. Después, durante el ensayo, debemos adaptar esos recursos a las capacidades reales del equipo y a la participación de la iglesia. Podemos preparar momentos de celebración, entrega y oración sin convertir esa progresión en una fórmula obligatoria para todos los cultos.

Involucrar al equipo ayuda a reconocer aspectos que una sola persona puede pasar por alto. Una voz puede advertir que el tono resulta incómodo; un músico puede proponer una transición más sencilla; alguien de multimedia puede señalar una letra confusa. Escuchar esas contribuciones mejora el servicio y permite que cada integrante asuma su responsabilidad.

Lo que se forma durante el ensayo

El ensayo nos ofrece una oportunidad para aprender a trabajar juntos. Allí se hace visible cómo reaccionamos al error, cuánto espacio dejamos a los demás y qué disposición tenemos para repetir algo hasta que funcione. Podemos aprovechar ese tiempo para formar hábitos de escucha y una manera respetuosa de corregirnos.

Me parece valioso comenzar con una oración o una breve reflexión bíblica relacionada con lo que vamos a hacer. Ese momento necesita sinceridad y no debería convertirse en un trámite que usamos para evitar conversaciones pendientes. Si alguien llega afectado por una dificultad, conviene escucharlo y decidir cómo acompañarlo.

En varias ocasiones he detenido el trabajo musical porque notaba que el equipo necesitaba hablar. Hemos orado, llorado o compartido lo que estaba ocurriendo. Resolver una transición no era lo más urgente en ese momento. Dar espacio a las personas nos ayudó a volver al ensayo con una comprensión más real de quienes estaban a nuestro lado.

La preparación musical sigue siendo importante. Necesitamos aprovechar el tiempo, trabajar los pasajes difíciles y llegar con lo que nos correspondía estudiar. Cuidar a las personas y asumir el trabajo con seriedad son responsabilidades que pueden sostenerse juntas.

Coordinar también es servir

Los calendarios, los horarios y los canales internos de comunicación deben facilitar la vida del equipo. Una persona puede centralizar los avisos, pero todos necesitan saber dónde consultar la información y cuándo comunicar un cambio. La coordinación con los predicadores y con los responsables del culto evita que cada área trabaje de forma aislada.

Recuerdo una serie de servicios especiales de alabanza que organizamos en la ciudad. Durante semanas preparamos el repertorio, los ensayos, los horarios, la disposición del equipo y la participación del predicador. Oramos por cada aspecto y procuramos que todos comprendieran su responsabilidad.

Al llegar el evento, hubo momentos espontáneos que recibimos con alegría. La preparación nos permitió acompañarlos con tranquilidad: conocíamos el repertorio, podíamos comunicarnos y sabíamos quién debía responder en cada área. Vivimos aquel tiempo como una dirección especial de Dios y agradecemos haber dedicado atención al trabajo previo.

Revisar juntos lo que hacemos

Después de un servicio conviene evaluar sin buscar culpables ni repartir elogios de manera automática. Podemos reconocer qué ayudó a participar a la congregación, dónde hubo dificultades y qué información faltó. La conversación será más útil si trata hechos concretos y termina con ajustes que puedan ponerse en práctica.

1. Reserven un momento regular para organizar las próximas responsabilidades.
2. Compartan con antelación repertorio, horarios y cambios relevantes.
3. Escuchen las necesidades e ideas de músicos, cantantes y técnicos.

4. Mantengan margen para responder a imprevistos sin perder la comunicación.
5. Evalúen el servicio y cuiden a quienes necesiten ayuda, descanso o formación.

La unidad se fortalece a través de estas decisiones repetidas. Cuando las personas se sienten escuchadas, conocen su responsabilidad y pueden pedir ayuda, el equipo aprende a servir con mayor confianza. Esa convivencia también forma parte de lo que ofrecemos al Señor.

CAPÍTULO 10

El ministro como líder y pastor de su equipo

Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.

2 TIMOTEO 2:15 · RVR1960

Durante mucho tiempo me costó identificarme con la palabra «líder». La asociaba con una posición demasiado grande para lo que yo quería hacer: servir y enseñar. Sin embargo, al recibir la responsabilidad de acompañar a otras personas, comprendí que necesitaba asumir también el cuidado que venía con ella. No bastaba con preparar las canciones y esperar que todos pudieran responder.

Cuando viajaba por distintos países como ministro religioso, tal como figuraba en mi visado, parte de mi tarea consistía en formar músicos desde sus primeros pasos. Llegaba a iglesias que a veces contaban con poco más que un piano desafinado, una guitarra y muchas ganas de aprender. Había jóvenes, adultos y niños a quienes sus padres habían acercado para que probaran.

Mi estancia en cada lugar era breve. Tenía que organizar la enseñanza para ayudar a quienes querían aprender piano, guitarra, batería, bajo, instrumentos de viento o canto, y también a quienes servirían en sonido y multimedia. Era mucho

trabajo, y pronto entendí que no podía enseñar de la misma manera a todos.

Conocer a la persona que aprende

Algunos necesitaban repetir un ejercicio varias veces; otros requerían una explicación diferente o el ánimo suficiente para dejar de pensar que no podían hacerlo. Adaptarme a esos procesos me enseñó paciencia. Mi prisa por avanzar no siempre coincidía con el tiempo que la persona necesitaba para comprender.

Con los años, lo más valioso de aquellas experiencias fue saber que había personas que seguían sirviendo cuando yo ya me había ido. Las llamaba mis hijos musicales y espirituales con afecto y gratitud. Habíamos compartido algo más que conocimientos: también se había formado una relación de confianza que les permitió asumir una responsabilidad en su comunidad.

Esa experiencia orientó mi manera de liderar. Quiero conocer cómo está cada integrante del equipo, qué le cuesta y qué necesita para crecer. Algunas conversaciones tendrán que ver con música; otras, con desánimo, inseguridad o una situación personal. Escuchar no elimina la responsabilidad de dirigir, pero nos ayuda a ejercerla con mayor comprensión.

Prepararse para orientar

He visto responsables que llegan con una lista de canciones y dejan a cada músico la tarea de resolver por su cuenta todo lo demás. El equipo necesita autonomía, pero también una dirección capaz de acompañarlo. Si voy a sugerir algo al baterista, conviene que comprenda el ritmo y la dinámica que estoy pidiendo. Si hablo con el guitarrista o con el sonidista, debo conocer lo suficiente para expresarme con claridad.

Nadie domina todas las áreas. Reconocerlo nos permite pedir ayuda al que tiene más experiencia y aprender el lenguaje básico de cada responsabilidad. Un conocimiento general de armonía, instrumentación, voz y sonido facilita la conversación. También evita que exijamos soluciones imposibles o culpemos a alguien por un problema que no hemos comprendido.

La exhortación de Pablo a Timoteo se refiere al uso fiel de la palabra de verdad. No es una afirmación sobre el dominio de todos los instrumentos. Sin embargo, al recibirla en mi vida, encuentro un llamado a trabajar con seriedad y a no tratar la enseñanza con ligereza. Ese cuidado debe acompañarme tanto al explicar la Escritura como al orientar una tarea para la que necesito prepararme.

Una lección entre cables y frecuencias

En una iglesia donde me habían invitado a tocar, presencié una discusión entre un guitarrista y el sonidista. El músico no estaba conforme con lo que escuchaba y reclamaba un ajuste. El responsable de sonido, ya molesto, le pedía que continuara tocando mientras terminaba la mezcla. La conversación se había vuelto tensa y no parecía acercarlos a una solución.

El pianista había permanecido en silencio. En un momento se acercó con calma y señaló un problema concreto: la ganancia de su piano estaba algo alta y el teclado tenía una ecualización muy cargada en los medios graves. Propuso bajar unos decibelios y recortar esa zona. El sonidista escuchó, hizo los ajustes y el cambio se percibió enseguida.

Aquel pianista también era ingeniero de sonido. Su conocimiento le permitió describir el problema, y su manera respetuosa de hablar facilitó que el otro pudiera recibir la sugerencia. Al mejorar la mezcla, disminuyó también la tensión. La escena me mostró lo útil que resulta unir preparación y humildad cuando queremos ayudar.

No siempre podremos resolver un desacuerdo con un ajuste técnico. A veces habrá que conversar después sobre el trato que nos dimos. Pero aprender a describir lo que ocurre, escuchar al responsable y proponer algo concreto evita que una dificultad de sonido termine convertida en una lucha personal.

Cuidar sin apropiarse de las personas

Uso la palabra «pastorear» para hablar de ese acompañamiento cercano: escuchar, enseñar, corregir y animar. Lo hago dentro de la vida de la iglesia y en coordinación con sus pastores. El responsable musical no tiene que resolver solo todas las necesidades de su equipo ni reemplazar el cuidado pastoral de la comunidad.

Liderar pide tiempo y disposición para conversaciones que no siempre son cómodas. Habrá que corregir una falta de compromiso, explicar una decisión o reconocer que nosotros mismos nos hemos equivocado. La ternura no elimina la firmeza; la firmeza debe poder ejercerse sin humillar.

Deseo que quienes aprenden conmigo puedan crecer hasta asumir responsabilidades propias. Si todo depende de mi presencia, la formación ha quedado incompleta. Me alegra ver a alguien que antes necesitaba ayuda convertirse en una persona capaz de enseñar a otros y de cuidar al equipo con madurez.

Oración

Señor, enséñame a cuidar a las personas que me confías. Dame paciencia para escuchar, sabiduría para enseñar y valor para corregir con respeto. Ayúdame a reconocer lo que todavía debo aprender y a recibir la ayuda de otros. Que mi preparación esté al servicio del equipo y que mi forma de liderar refleje tu amor. Cuando termine mi responsabilidad en un lugar, permita tu gracia que otros continúen creciendo y adorándote. Amén.

CAPÍTULO 11

Planificar con el Espíritu: visión, propósito y altar

Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; mas todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza.

PROVERBIOS 21:5 · RVR1960

Un equipo puede tener un calendario ordenado y aun así necesitar una dirección más clara. Saber quién toca el domingo resuelve una responsabilidad, pero no responde por completo a la pregunta de qué estamos buscando como ministerio. La planificación necesita relacionar nuestras tareas con el propósito que compartimos y con la realidad de la congregación.

En el capítulo 9 atendimos a la comunicación y a la coordinación diaria. Aquí quiero detenerme en las decisiones que orientan ese trabajo. Antes de llenar una agenda, conviene escuchar, orar y reconocer qué necesita la iglesia. La actividad adquiere sentido cuando sabemos por qué la estamos asumiendo y a quién queremos servir con ella.

Preparar con una dirección clara

Planificar con el Espíritu implica buscar la voluntad de Dios y permanecer dispuestos a corregir nuestros planes. No significa que cada idea que se nos ocurre durante la oración deba considerarse una instrucción indiscutible. Necesitamos examinarla a la luz de la Escritura, compartirla con quienes tienen responsabilidad pastoral y reconocer los recursos y límites de la comunidad.

Esa disposición nos ayuda a elegir. Quizá una temporada requiere enseñar mejor las letras que ya cantamos; otra, formar a nuevos integrantes o recuperar tiempos de oración compartida. La necesidad concreta da dirección a los ensayos y permite distinguir lo importante de lo que simplemente nos resulta atractivo.

También influye en cada reunión. El contenido de las canciones, sus tonalidades, las transiciones y la instrumentación deben ayudar a la congregación a responder. Prepararlos no impide que haya cambios durante el culto. Al contrario, comprender lo que estamos haciendo facilita una respuesta más serena cuando es necesario modificarlo.

El corazón dentro del plan

Al hablar de preparar el altar, me refiero a ofrecer nuestra vida y nuestro trabajo al Señor con sinceridad. Podemos organizar los recursos técnicos con rapidez y dejar pendiente una conversación que afecta al equipo. Por eso la planificación debe reservar espacio para las personas y para la oración, sin tratar ambas cosas como adornos de la agenda.

Una reunión de preparación puede comenzar preguntando cómo estamos y qué necesitamos atender antes de asumir una nueva actividad. Esas respuestas ayudan a valorar si una propuesta es oportuna, quién puede responsabilizarse de ella y

cuánto tiempo requiere. Conocer los límites del equipo nos permite cuidar mejor lo que Dios ha puesto en nuestras manos.

Del propósito a una decisión concreta

Una planificación útil puede recorrer cuatro pasos. Primero, expresar con claridad la necesidad que queremos atender. Después, acordar una acción posible, con responsables y tiempos realistas. El tercer paso es preparar lo necesario para llevarla a cabo. Finalmente, revisar lo ocurrido y decidir qué conviene mantener o cambiar.

Por ejemplo, si la congregación tiene dificultades para participar en canciones nuevas, el equipo puede revisar la claridad de las letras, las tonalidades y el modo de introducirlas. La respuesta no tiene por qué ser añadir más repertorio. Tal vez necesitemos cantar menos novedades durante una temporada y dar tiempo a que la iglesia las haga suyas.

Esta manera de evaluar nos ayuda a aprender sin atribuir automáticamente todo resultado a una causa espiritual. Podemos agradecer lo que Dios hace y, al mismo tiempo, reconocer que una indicación no se entendió o que faltó ensayo. La honestidad permite mejorar el servicio.

Sostener una dirección en el tiempo

El ministerio necesita mirar más allá de la próxima reunión. La formación de nuevos músicos, el crecimiento espiritual y el desarrollo de futuros responsables requieren continuidad. Volveremos sobre el legado en el capítulo 16; aquí basta recordar que esos propósitos deben encontrar un lugar real en nuestras decisiones presentes.

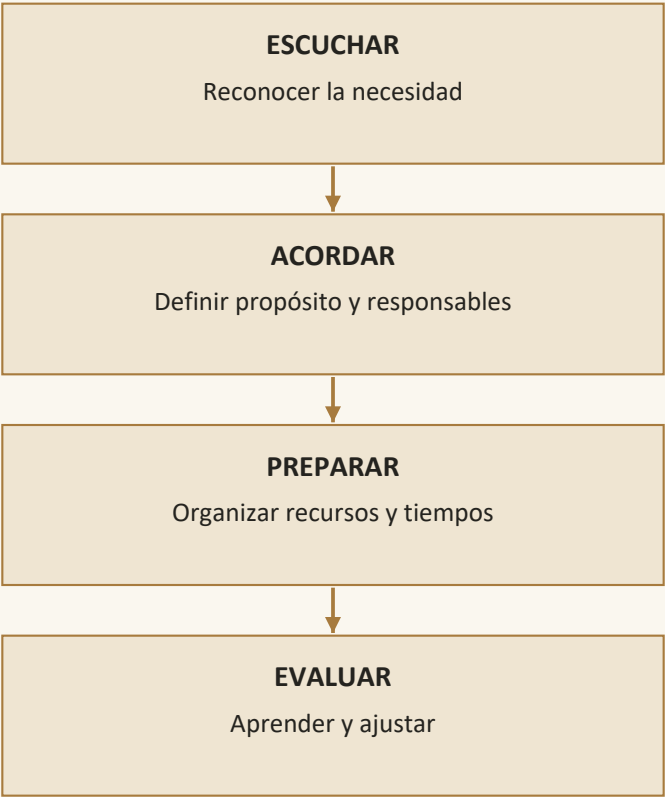
Un plan puede ajustarse sin perder su sentido. Si una persona necesita descansar o una actividad supera nuestras posibilidades, conviene revisar los medios y conservar el cuidado de la comunidad. La fidelidad no consiste en cumplir una agenda a cualquier precio, sino en responder responsablemente al Señor con lo que hoy nos ha confiado.

Oración

Señor, dirige nuestras decisiones y ayúdanos a escuchar antes de apresurarnos. Danos claridad para reconocer las necesidades de la iglesia y responsabilidad para preparar lo que nos corresponde. Que nuestros planes incluyan el cuidado de las personas y permanezcan abiertos a tu corrección. Enséñanos a aprender de cada etapa y a perseverar en lo que sirve a tu propósito. Amén.

ESQUEMA DE LECTURA

Del propósito a una decisión concreta



La evaluación permite volver a escuchar y mejorar el siguiente paso.

CAPÍTULO 12

Dificultades, conflictos y fatiga

Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.

ISAÍAS 40:29 • RVR1960

Sirvo en el ministerio desde los dieciocho años. Cuando escribí la primera versión de estas páginas, a los cuarenta y tres, podía reconocer temporadas de desgaste que habían dejado huella en mí. Hubo momentos de cansancio emocional, frustración y preguntas para las que no encontraba una respuesta inmediata. También hubo días en que deseé guardar silencio y soltar lo que estaba haciendo.

No quiero ocultar esa parte del camino. La alegría del servicio es real, pero también lo son las exigencias y las heridas que pueden acompañarlo. Mi permanencia tiene mucho que ver con la gracia de Dios, con la necesidad de volver a él cuando mis fuerzas ya no bastan. Recuerdo una frase de una canción interpretada por Marcos Witt: «Él es el motivo de mi canción». Esa confesión me ayuda a recordar para quién comencé.

Lo que se acumula en los detalles

Las dificultades de un equipo no siempre comienzan con una crisis grande. A veces nacen de avisos que no llegaron, cambios que nadie explicó o actitudes que se repiten sin ser conversadas. Una incomodidad pequeña puede crecer cuando la persona siente que no será escuchada si la expresa.

He visto discusiones por el color de la ropa, por una corbata que faltaba, por una silla mal colocada o por un problema de sonido.

Mirados desde fuera, algunos de esos motivos parecen insignificantes. Dentro del equipo, sin embargo, podían estar mostrando algo más: cansancio, falta de claridad, necesidad de reconocimiento o una relación que ya venía deteriorándose.

Si solo nos burlamos del motivo de la discusión, perdemos la oportunidad de comprender lo que hay detrás. Tampoco ayuda convertir cada diferencia en una batalla por demostrar quién tiene razón. Necesitamos atender el asunto concreto y cuidar la manera en que lo tratamos. El hermano con quien discutimos seguirá a nuestro lado cuando termine el ensayo.

Acuerdos que se cumplen con justicia

La puntualidad es un ejemplo frecuente. Si el ensayo comienza a las ocho y alguien llega a las ocho y media, todavía necesita montar su equipo y prepararse. Mientras tanto, los demás esperan. Cuando esta situación se repite sin una conversación clara, empieza a afectar la confianza y el aprovechamiento del tiempo.

También se genera malestar cuando las normas parecen depender de quién las incumple. Una excepción puede ser necesaria por una circunstancia real, pero conviene explicarla con discreción y actuar con coherencia. Si todo se resuelve con un «solo por esta vez» que se repite cada semana, el acuerdo deja de tener sentido para los demás.

He tenido ocasiones en que el grupo no estaba de acuerdo conmigo. Eso me obligó a recordar que la responsabilidad de dirigir no me exime de escuchar ni de obedecer al Señor. Debo examinar mis decisiones y reconocer un error cuando lo hay. Si, después de conversar, sigue siendo necesario mantener una indicación, puedo explicarla con respeto y sin usar la autoridad como una forma de terminar cualquier pregunta.

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido.

2 TIMOTEO 2:24 • RVR1960

Esta exhortación alcanza al responsable y a cada integrante del equipo. La madurez se expresa en nuestra manera de hablar cuando estamos contrariados, en la paciencia para escuchar y en la disposición a reparar el daño que hemos causado. Es en esas situaciones donde la enseñanza que cantamos necesita encontrar continuidad en nuestra conducta.

El cansancio que no se ve

Desde la congregación puede parecer que todo está bien. Los músicos están en su lugar, el servicio continúa y las responsabilidades se cumplen. Pero detrás de esa imagen puede haber semanas sin descanso, tensiones que no se han resuelto o una carga que la persona ya no sabe cómo sostener.

He aprendido que es necesario hablar antes de llegar al límite. Reconocer el cansancio permite revisar horarios, distribuir responsabilidades y buscar acompañamiento. Un tiempo de descanso no cancela el llamado ni hace menos valiosa la vida de alguien. A veces es parte del cuidado que necesita para recuperar claridad y continuar de una manera más sana.

La gracia de Dios ha sido fundamental en mis propias temporadas de desgaste. Me ha recordado que no tengo que sostenerlo todo con mi capacidad. Esa dependencia también requiere humildad para recibir ayuda y aceptar que una tarea pueda quedar en manos de otra persona. El ministerio pertenece al Señor, y la comunidad no debería descansar sobre el agotamiento de unos pocos.

Volver a las preguntas del comienzo

Cuando estoy frustrado, necesito recordar para quién sirvo, por qué empecé y quién me llamó. Estas preguntas no eliminan automáticamente un conflicto, pero me ayudan a ponerlo en perspectiva. Puedo reconocer que mi deseo de ganar una discusión está ocupando más espacio que la necesidad de cuidar una relación.

He tenido que aprender a esperar antes de responder, a pedir perdón y a ceder en asuntos donde mi preferencia no era lo esencial. También he necesitado tomar decisiones difíciles por el bien del equipo. La paz no siempre consiste en evitar una conversación; en ocasiones comienza cuando dejamos de postergarla y la afrontamos con respeto.

Volver a lo esencial incluye examinar nuestras expectativas. No podremos agradar a todos ni resolver cada dificultad sin dolor. Sí podemos procurar actuar con integridad, escuchar el consejo y evitar que la frustración se convierta en dureza hacia quienes servimos.

Cuando el ministerio ha dolido

Si has atravesado heridas en la iglesia, no necesitas fingir que fueron pequeñas para demostrar fe. Hay palabras y decisiones que dejan consecuencias y requieren tiempo, conversación y cuidado. Llevarlas al Señor no significa negar lo ocurrido. Nos permite buscar su ayuda sin hacer de la herida el centro de toda nuestra historia.

Tampoco debemos llamar fidelidad a permanecer indefinidamente en una dinámica que nos está dañando. A veces será necesario detener una responsabilidad, pedir acompañamiento pastoral o establecer límites claros. El deseo de servir debe poder convivir con el cuidado de la persona y de su familia.

La perseverancia que anhelo para los ministros de alabanza nace de una relación viva con Dios. Deseo que puedan continuar con libertad, con responsabilidades sostenibles y con espacio para recibir. Me anima la promesa con que Pablo exhorta a la iglesia:

Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.

1 CORINTIOS 15:58 • RVR1960

El Señor conoce el trabajo que no recibe aplausos y el esfuerzo que otros no alcanzan a ver. Esa confianza nos sostiene mientras aprendemos a servir con madurez. Nuestras cicatrices pueden formar parte del testimonio, pero no necesitamos seguir abriéndolas para probar que permanecemos fieles. También hay fidelidad en permitir que Dios cuide y restaure nuestra vida.

Oración

Señor, tú conoces mi cansancio y las heridas que todavía necesito atender. Ayúdame a hablar con sinceridad, a recibir ayuda y a descansar sin culpa cuando sea necesario. En los conflictos, dame paciencia y una disposición humilde para reconocer mi parte. Guía las decisiones que debo tomar y restaura la alegría de servirte. Que tu gracia me sostenga mientras aprendo a cuidar mi vida y a cuidar a los hermanos. Amén.

PARTE IV

Fruto, legado y expansión



Crear, compartir la fe y acompañar a quienes continúan.

CAPÍTULO 13

Creatividad, composición y tecnología en el ministerio

Cantad a Jehová cántico nuevo; su alabanza sea en la congregación de los santos.

SALMO 149:1 · FRAGMENTO · RVR1960

He escuchado composiciones nacidas lejos de un estudio, en momentos de oración donde alguien apenas encontraba una melodía para expresar lo que estaba viviendo. Algunas de esas canciones llegaron después a otras congregaciones. También he visto a personas sin una formación musical avanzada escribir palabras que ayudaban a una iglesia a reconocer su necesidad de Dios. Esas experiencias me animan a dejar espacio para la creatividad y a acompañarla con cuidado.

Creo que Dios sigue inspirando a su pueblo. La vida de oración, la lectura de la Escritura y lo que atravesamos como comunidad pueden encontrar una expresión nueva en el canto. Componer implica escuchar esa experiencia y trabajarla hasta que pueda ser compartida con claridad. La inspiración merece tiempo, atención y una disposición humilde para revisar lo que hemos escrito.

Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová.

SALMO 40:3 · RVR1960

Escribir para que otros puedan cantar

Una canción congregacional necesita considerar a quienes van a hacerla suya. Podemos comenzar con una experiencia personal, pero debemos preguntarnos qué comprenderá la iglesia al cantarla. ¿A quién nos dirigimos? ¿Qué afirmamos acerca de Dios? ¿La letra expresa con claridad lo que creemos? ¿Puede una persona recién llegada entender su sentido?

La belleza de una frase no resuelve por sí sola estas preguntas. A veces necesitamos cambiar una imagen que nos gusta porque resulta confusa, o simplificar una melodía para que la congregación pueda seguirla. Esa revisión no disminuye el valor espiritual de la canción. Nos ayuda a ofrecerla de una manera que sirva mejor a los demás.

Cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento.

1 CORINTIOS 14:15 • FRAGMENTO • RVR1960

La letra debe poder ser examinada a la luz de la Escritura. Una impresión recibida en la oración puede iniciar una composición, pero no la vuelve incuestionable. Compartirla con personas maduras, escuchar observaciones y corregir lo necesario forma parte de la responsabilidad del compositor.

Dar tiempo a la creatividad

La presión por producir algo nuevo puede llevarnos a repetir fórmulas o a imitar demasiado de cerca lo que está teniendo éxito. Conviene reconocer nuestras influencias y aprender de ellas sin perder la atención a la realidad de nuestra iglesia. El canto que necesitamos ofrecer puede ser sencillo y no parecerse al que domina las plataformas de música.

En el lenguaje de Isaías encontramos una imagen valiosa de una palabra que sabe llegar al cansado:

Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado.

ISAÍAS 50:4 · FRAGMENTO · RVR1960

Al leerla en su contexto, me recuerda la importancia de escuchar antes de hablar. También al componer necesitamos esa atención. Una canción puede dar palabras a una comunidad que está agradecida, herida o aprendiendo a confiar. Para reconocerlo, debemos conocer a las personas y vivir la fe junto a ellas.

Me alegra haber visto composiciones espontáneas que luego fueron cantadas en iglesias de distintos países. No siempre imaginamos el recorrido que tendrá lo que nace en un momento de oración. Aun así, su valor no depende de alcanzar muchos lugares. Puede cumplir un propósito profundo acompañando fielmente a una comunidad pequeña.

Los recursos que amplían nuestras posibilidades

La grabación, los programas de producción, las pistas y las transmisiones nos permiten compartir la música de formas que antes no estaban a nuestro alcance. Estos recursos pueden ayudar a preparar arreglos, enseñar canciones y acercar el culto a quienes no pueden asistir. Necesitan, como todo lo que usamos en el ministerio, una finalidad clara.

Recuerdo un concierto que me impresionó por su sonido. Los arreglos eran complejos y la banda parecía ejecutar todo con una solvencia extraordinaria. En medio de la presentación, una secuencia dejó de sonar y el conjunto perdió gran parte de la fuerza que había tenido hasta ese momento. La diferencia fue

muy evidente para mí y cambió la manera en que escuchaba lo que estaban haciendo.

Salí de aquella experiencia con una inquietud que he compartido muchas veces con los músicos: debemos conocer nuestras capacidades reales y evitar que la producción oculte aquello que todavía necesitamos trabajar. Un fallo técnico no permite juzgar por completo a una banda ni conocer las intenciones de sus integrantes. Sí puede recordarnos cuánto dependemos de un recurso y si estamos preparados para continuar cuando deja de funcionar.

Tocar con los recursos que tenemos

Mi preferencia personal es tocar en vivo y aprovechar la creatividad de los músicos presentes. Cuando somos pocos, busco arreglos que funcionen con ese grupo en lugar de exigir que reproduzca una grabación realizada con muchos más recursos. Me interesa escuchar lo que cada uno puede aportar y desarrollar desde allí un sonido honesto y bien preparado.

Suelo decir: «Tú no sigues a la secuencia; la secuencia te sigue a ti». Lo uso para expresar una prioridad de servicio, no como una descripción técnica: una pista grabada puede fijar tiempos y estructuras, y el equipo debe saber trabajar con esas condiciones. Lo que quiero recordar es que el recurso se elige para ayudar al ministerio y que debemos poder revisar su uso cuando dificulta la participación o la flexibilidad que necesitamos.

Ensayar una versión que pueda sostenerse sin la secuencia ayuda a conocer el arreglo y a prepararnos para un imprevisto. También conviene acordar cómo avisar de un fallo y quién tomará la dirección musical en ese momento. Estas decisiones son más útiles que confiar en que todo funcionará siempre.

La misma atención se aplica al canto. Hay canciones cuya extensión, melodía o cantidad de palabras hacen difícil que

nuestra congregación las siga. Aunque admire su producción, puedo decidir no incluirlas. La iglesia necesita participar con su propia voz. Adaptar el repertorio a esa realidad es parte de mi responsabilidad.

Mi preferencia por la música en vivo no me autoriza a despreciar a una comunidad que usa pistas. Una experiencia de mi juventud, que contaré en el siguiente capítulo, me enseñó precisamente esa lección. Podemos evaluar un recurso y seguir reconociendo la sinceridad del hermano que lo utiliza.

Transmitir sin perder de vista a la congregación

Las transmisiones permiten que personas enfermas, mayores o alejadas geográficamente puedan seguir una reunión. He recibido mensajes de quienes se sintieron acompañados por la adoración de una iglesia aun estando en otra casa o en otro país. Agradezco esa posibilidad y valoro el trabajo de quienes la hacen posible.

Al mismo tiempo, necesitamos revisar qué empieza a dirigir nuestras decisiones. Si todo se prepara para la cámara, podemos descuidar a las personas que están reunidas y convertir los números del canal en el principal criterio de evaluación. La calidad audiovisual importa porque ayuda a comunicar; no nos permite medir por sí sola la profundidad espiritual de un culto.

¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?

SALMO 139:7 · RVR1960

Este salmo me recuerda que Dios no está limitado al lugar desde donde transmitimos. Podemos confiar en su cuidado por quienes participan a distancia y trabajar con seriedad para

acercarles la Palabra y la vida de la comunidad. Una buena transmisión también debería facilitar que encuentren contacto, acompañamiento y oportunidades reales de integrarse.

Comunicar con propósito

El trabajo de multimedia incluye decisiones pequeñas que influyen en la participación: una letra legible, una imagen que acompaña sin distraer, un encuadre respetuoso o un sonido comprensible. Detrás de cada una hay personas que necesitan formación, coordinación y el mismo cuidado espiritual que reciben los músicos.

He visto cómo una fotografía de un ensayo, acompañada de una reflexión, abría una conversación con alguien que estaba pasando una crisis. También he recibido mensajes de personas que, después de una transmisión sencilla, contaban que habían experimentado la cercanía de Dios en su casa. Atesoro esos testimonios sin atribuir al formato lo que pertenece a la obra del Señor.

Te confesaré en grande congregación; te alabaré entre numeroso pueblo.

SALMO 35:18 · RVR1960

El deseo de dar testimonio puede encontrar hoy nuevos medios. Al usarlos, necesitamos cuidar lo que publicamos y a las personas que aparecen en nuestras imágenes. La intimidad de una oración o la vulnerabilidad de alguien que llora no deberían convertirse automáticamente en contenido para una red social.

Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene.

PROVERBIOS 25:11 • RVR1960

La oportunidad y la forma importan. Una publicación puede enseñar, invitar, compartir un testimonio o acompañar a quien está desanimado. Tener claro ese propósito nos ayuda a elegir qué mostrar y qué reservar. Los números ofrecen información sobre el alcance, pero el fruto del ministerio necesita reconocerse también en las relaciones, en la formación y en las vidas que acompañamos.

La creatividad, la composición y la tecnología se encuentran en esta responsabilidad de comunicar. Deseo que las canciones que escribimos y los recursos que empleamos ayuden a la iglesia a responder al Señor con comprensión y libertad. Para eso necesitamos imaginación, trabajo y una disposición constante a revisar nuestras prioridades.

CAPÍTULO 14

Una alabanza intergeneracional

**Generación a generación celebrará tus obras,
y anunciará tus poderosos hechos.**

SALMO 145:4 · RVR1960

De joven congregaba en la iglesia de La Boca, de raíces Hermanos Libres. Recuerdo los himnarios, la reverencia de aquellas reuniones y las canciones que nos enseñaban a expresar la fe. Según la congregación, podíamos escuchar un acordeón o un piano. Esas formas de alabanza tuvieron un lugar importante en mi aprendizaje y siguen formando parte de mi memoria espiritual.

Con el tiempo llegaron repertorios y sonidos distintos. Entre nuestros referentes estaban Marcos Witt, Danilo Montero, Juan Carlos Alvarado y Miguel Cassinas. Para muchos, aquella música abrió una manera nueva de adorar; otros la recibieron con desconfianza. Las guitarras eléctricas, la batería y los sintetizadores llegaron a verse en ciertos lugares como una amenaza para la vida espiritual.

Recuerdo el rechazo a casetes y discos compactos, las quemadas que se realizaban en algunas iglesias y la costumbre de reproducir canciones al revés en busca de mensajes ocultos. Esas reacciones muestran hasta qué punto una diferencia musical podía convertirse en un juicio sobre la fe del otro. Al mirar hoy las discusiones entre generaciones, me pregunto cuánto hemos aprendido de aquella experiencia.

Cuando nos toca escuchar a los más jóvenes

Quienes un día fuimos cuestionados por una expresión nueva podemos terminar reaccionando de la misma manera ante los que vienen después. Nuestros gustos se vuelven familiares y comenzamos a confundir esa familiaridad con un criterio espiritual. Entonces lo que no comprendemos parece sospechoso antes de que nos hayamos detenido a escucharlo.

¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol.

ECLESIASTÉS 1:9 · RVR1960

Esta observación del Predicador me ayuda a examinar la facilidad con que repetimos conductas. Las generaciones pueden reaccionar unas contra otras y quedar atrapadas en una discusión sobre formas. La salida requiere escuchar, conocer el contenido y mantener una conversación en la que los mayores puedan orientar y los jóvenes también puedan aportar.

Lo que Raulito me hizo ver

Tenía unos veinte años y era el único tecladista de mi iglesia. Esa circunstancia había alimentado una seguridad poco sana: me sentía el mejor. Una noche, después del culto de jóvenes, caminábamos por La Boca con algunos hermanos y pasamos delante de una iglesia muy pequeña, de no más de diez personas.

Desde la calle escuchamos una pista musical que acompañaba su adoración. Nos reímos de que no tuvieran músicos y de lo mal que, según nosotros, sonaban. Entonces Raulito, uno de los más nuevos del grupo, nos interrumpió:

—¿De qué se ríen? Ellos están adorando de verdad. ¿Qué importa si es con una pista? ¡Están adorando a Dios!

Me quedé helado. La corrección venía de alguien a quien quizá yo habría creído tener mucho que enseñarle, y fue él quien me ayudó a reconocer mi soberbia. Mientras nos burlábamos de sus recursos, aquellas personas estaban reunidas para adorar. Yo había colocado mi capacidad musical por encima del respeto que les debía.

Esa noche me pregunté si lo mío era tan genuino como suponía. Había aprendido a tocar, pero todavía necesitaba aprender a mirar a los hermanos. La experiencia cambió mi manera de valorar la alabanza y me obligó a trabajar la comparación, la envidia y el deseo de sentirme superior. La recuerdo cada vez que mi preferencia musical amenaza con convertirse en desprecio.

Conservar la fe y abrir espacio a las formas

Las canciones envejecen de maneras distintas. Algunas permanecen durante generaciones; otras acompañan una etapa y después dejan de cantarse. La tarea de la iglesia no consiste en conservar cada arreglo, sino en cuidar la verdad que expresa y transmitir una fe viva a quienes vienen detrás.

Cantad a Jehová cántico nuevo; su alabanza sea en la congregación de los santos.

SALMO 149:1 · FRAGMENTO · RVR1960

La invitación al cántico nuevo puede convivir con la gratitud por los himnos que nos formaron. El criterio no tiene que reducirse a la fecha de una canción. Necesitamos considerar su contenido, su claridad y la manera en que ayuda a la comunidad a adorar en espíritu y en verdad, como enseña Jesús en **Juan 4:23–24**.

El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.

1 SAMUEL 16:7 · FRAGMENTO · RVR1960

Este pasaje me invita a la humildad cuando evalúo a otra persona. Puedo conversar sobre una letra o señalar una dificultad musical sin afirmar que conozco su corazón. La experiencia con Raulito sigue recordándome esa diferencia.

Una comunidad donde todas las edades cuentan

Integrar generaciones requiere decisiones prácticas. Debemos escuchar las dificultades de volumen, las diferencias de lenguaje y la familiaridad que cada grupo tiene con el repertorio. También conviene evitar que los jóvenes queden reducidos a aportar energía y los mayores a conservar el pasado. Hay creatividad, madurez y necesidad de aprender en todas las edades.

He visto a un joven acompañar en la batería a un hermano mayor que cantaba un himno. También he visto a una joven entonar una canción contemporánea mientras un adulto mayor participaba con lágrimas. Esas escenas muestran lo que puede ocurrir cuando dejamos de defender espacios exclusivos y aprendemos a recibir la expresión del otro.

Los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti.

SALMO 102:28 · RVR1960

Y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.

HECHOS 2:18 · RVR1960

El deseo de ver a las siguientes generaciones caminar con Dios debe llevarnos a compartir la vida y la enseñanza, no solo a cederles una canción de vez en cuando. Podemos formar parejas de aprendizaje, combinar repertorios con sentido y explicar por qué una canción ha sido importante para una parte de la iglesia. Escuchar esas historias ayuda a que la música deje de ser una frontera entre nosotros.

Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa.

ISAÍAS 54:2 · FRAGMENTO · RVR1960

Recibo esta imagen, dentro de su contexto de restauración, como una invitación a examinar la amplitud de nuestra disposición. ¿Hay espacio real para quienes adoran de una manera diferente? Deseo que nuestra comunidad permita a las generaciones conocerse, enseñarse y responder juntas al mismo Señor.

CAPÍTULO 15

Evangelismo a través de la alabanza

**Cantad a Jehová, bendecid su nombre;
anunciad de día en día su salvación.
Proclamad entre las naciones su gloria, en
todos los pueblos sus maravillas.**

SALMO 96:2–3 · RVR1960

Antes de partir a Europa como misionero, colaboré en una iglesia desde casi sus comienzos. Éramos pocos y el equipo musical estaba formado por cuatro personas: batería, bajo, guitarra y yo al piano. Los domingos llegábamos a las siete de la mañana, con tiempo para prepararnos antes del culto. Nos movía el deseo de estar listos y una expectativa profunda por lo que Dios haría entre nosotros.

Recuerdo aquella temporada con gratitud. Recibíamos palabra, visiones y tiempos de adoración que marcaron nuestra vida. Una mañana, mientras tocaba, abrí los ojos y advertí que el salón estaba completamente lleno. Ya no había sillas disponibles. Pero lo que más me impresionó fue ver personas en la calle, asomadas a las ventanas para escuchar lo que ocurría dentro.

Entre ellas había una mujer con un micrófono y un hombre con una cámara. Estaban entrevistando a quienes se habían acercado. Al finalizar el culto hablé con un hermano que había respondido sus preguntas. Me contó que la prensa quería saber por qué había tanta gente reunida allí y que varias personas

decían haber sido atraídas por la música, por el ambiente y por la paz que percibían.

Lo recibí con asombro. Mientras estábamos concentrados en servir, algo de lo que ocurría alcanzaba también a quienes pasaban por la calle. Volví a hacer una oración que me ha acompañado durante años: «Señor, si no voy a usar este don para ti, quítamelo». Expresaba mi deseo de poner lo recibido a su disposición y de reconocer que la gloria le pertenece.

Una puerta para escuchar

La música puede despertar interés, acompañar una necesidad y abrir una conversación. He visto personas conmovidas durante una canción, dispuestas a hablar de asuntos que antes no habían compartido. En el ministerio he recibido esos momentos como oportunidades para servir con cuidado y dar testimonio del Señor.

El encuentro no termina cuando alguien se emociona. Conviene escuchar su historia, explicar con claridad la esperanza que anunciamos y ofrecer acompañamiento. Una canción puede ser el comienzo de ese camino, y la comunidad necesita estar preparada para recibir a quien se acerca.

La música cruza muchas barreras, aunque no elimina automáticamente las diferencias de idioma, cultura o experiencia. Elegir letras comprensibles y atender al contexto ayuda a que el mensaje pueda ser recibido. Cuando salimos a servir, necesitamos conocer algo de las personas a quienes nos dirigimos y evitar dar por sentado que entienden nuestro lenguaje de iglesia.

Leer los relatos bíblicos con atención

En **Hechos 16**, Pablo y Silas oraban y cantaban en la cárcel, y los otros presos los escuchaban. El relato continúa con el terremoto, la crisis del carcelero y la palabra del Señor que él y su casa recibieron. La historia reúne testimonio, intervención de Dios, anuncio del evangelio y respuesta de fe. No debemos reducirla únicamente al momento musical.

También hemos considerado la victoria de Josafat en **2 Crónicas 20** y la caída de Jericó en **Josué 6**. Ambos relatos hablan de la acción de Dios y de la obediencia de su pueblo, pero sus detalles son distintos. En Jericó se describen trompetas y el clamor ordenado por Josué; el texto no afirma que Israel derribara los muros cantando un repertorio de alabanza.

Estas diferencias importan porque queremos anunciar con fidelidad lo que la Biblia dice. La confianza en el poder del Señor puede convivir con una lectura cuidadosa. No necesitamos añadir elementos a un relato para que resulte significativo para el ministerio.

Preparar un encuentro evangelístico

Organizar una actividad musical con propósito evangelístico comienza con preguntas concretas: ¿a quién queremos acercarnos?, ¿qué necesidad conocemos?, ¿cómo presentaremos el evangelio?, ¿quién escuchará y acompañará a las personas después? La oración y la preparación deben atender al encuentro completo, no solo a la ejecución de las canciones.

Después vendrán el repertorio, el lugar, los horarios, los recursos técnicos y la invitación a la comunidad. Conviene preparar palabras sencillas que ayuden a comprender lo que cantamos y coordinar con quienes compartirán el mensaje. El equipo necesita saber que su responsabilidad incluye recibir con

respeto a personas que quizá nunca han participado en una reunión cristiana.

La claridad también alcanza el volumen y la duración. En una plaza, un hospital o cualquier otro espacio compartido, debemos respetar las condiciones del lugar y la disposición de quienes están allí. Servir pide sensibilidad para reconocer cuándo continuar, cuándo conversar y cuándo guardar silencio. La buena intención no elimina esa responsabilidad.

Salir con una disposición de servicio

He visto a Dios obrar durante campañas, en espacios públicos y a través de transmisiones. He acompañado momentos de convicción, consuelo y restauración mientras se cantaba una melodía sencilla. Esas experiencias afirman mi deseo de que el ministerio no quede limitado a una reunión dentro del templo.

Podemos salir con recursos modestos. Una guitarra, un teclado o una pista pueden ayudar, según la situación. La preparación debe partir de lo que realmente tenemos y del propósito de la actividad. No necesitamos aparentar una capacidad que no existe para compartir la fe con sinceridad.

También debemos cuidar la unidad del equipo. Si salimos cargando discusiones que no queremos resolver, será difícil escuchar con atención a otras personas. La humildad, la oración y la disposición a colaborar tienen una consecuencia práctica en la manera en que recibimos a quien se acerca.

El **Salmo 96** nos invita a anunciar la salvación del Señor entre los pueblos. Esa tarea puede encontrar una expresión en nuestra música y necesita continuidad en el testimonio de la vida. Quisiera que cada canción que ofrecemos fuera una oportunidad para hacer comprensible esa esperanza y que, después del último acorde, todavía estuviéramos disponibles para escuchar, conversar y acompañar.

CAPÍTULO 16

Visión y proyección del ministerio

Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella.

HABACUC 2:2 · FRAGMENTO · RVR1960

Con los años, una pregunta comenzó a acompañar mi servicio: ¿quién podrá continuar cuando yo ya no esté en este lugar? Al principio estaba concentrado en aprender y en responder a las oportunidades que recibía. Después fui comprendiendo que también debía compartir lo aprendido y ayudar a otros a asumir responsabilidades.

La pregunta cambió mi manera de mirar un ensayo o una clase. Un ejercicio podía ser el primer paso de alguien que más adelante enseñaría a otros. Una responsabilidad pequeña podía permitir que un joven descubriera su capacidad para servir. No siempre podía ver ese resultado durante mi estancia, pero quería trabajar teniendo presente esa posibilidad.

Transmitir lo recibido

Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.

2 TIMOTEO 2:2 · RVR1960

Pablo describe una transmisión que continúa más allá de una sola relación. Lo recibido debe ser confiado a personas capaces de compartirlo a su vez. Para el ministerio de alabanza, esta enseñanza nos invita a formar con intención y a reconocer que el conocimiento guardado por unos pocos limita el crecimiento de la comunidad.

Enseñar requiere algo más que permitir que alguien nos observe. Debemos explicar, acompañar la práctica, escuchar preguntas y dar oportunidades adecuadas a su proceso. También conviene mostrar cómo afrontamos un error, cómo nos preparamos y cómo tratamos a los demás. La persona aprende tanto de ese comportamiento como de nuestras indicaciones musicales.

He visto músicos que, al comenzar a enseñar, descubren áreas que necesitan ordenar mejor en su propia formación. Compartir lo aprendido nos obliga a comprenderlo con mayor claridad. El crecimiento puede ser mutuo cuando la relación conserva humildad y una disposición real a aprender.

Una visión que sirve a la comunidad

Habacuc recibe la instrucción de escribir una visión concreta del Señor. No debemos usar ese pasaje como garantía de que cualquier proyecto personal se cumplirá. Sí puede recordarnos la importancia de escuchar con atención y comunicar con claridad la dirección que creemos que debemos seguir, siempre dispuestos a examinarla y corregirla.

Una visión ministerial debe poder explicarse en términos de servicio. Podemos querer formar nuevos músicos, acompañar a otras iglesias o preparar futuros responsables. La expansión tendrá sentido si responde a necesidades reales y si cuidamos a las personas que participan. El tamaño de una actividad no determina por sí mismo su fruto.

Mi camino me llevó desde La Boca hasta distintas iglesias en Europa. En cada etapa encontré oportunidades de enseñar y personas a quienes acompañar. No siempre había buenos instrumentos o recursos profesionales. Aun así, pude reconocer una disposición profunda a buscar a Dios y a trabajar con lo que estaba disponible.

Dar forma a la continuidad

Crear una escuela, organizar un espacio de formación o enseñar a un niño su primer acorde puede contribuir al crecimiento de la iglesia. Cada iniciativa necesita objetivos realistas, personas que puedan sostenerla y una relación clara con la vida de la comunidad. Empezar algo pequeño y cuidarlo bien puede ser más útil que anunciar un proyecto que no estamos preparados para acompañar.

La formación musical puede integrarse en el discipulado, sin confundir aprender un instrumento con todo lo que significa seguir a Cristo. Deseamos que los alumnos desarrollen habilidades y, al mismo tiempo, crezcan en la fe, en el carácter y en su manera de servir a los hermanos.

Alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas.

ISAÍAS 54:2 · FRAGMENTO · RVR1960

La imagen de ampliar y afirmar a la vez me ayuda a pensar en un crecimiento responsable. Cuando aumentan las actividades, también necesitamos fortalecer los vínculos, la formación y el cuidado de quienes las sostienen. Si solo añadimos tareas, podemos debilitar aquello que queríamos desarrollar.

Dejar espacio a quienes continúan

David preparó recursos para el templo que edificaría Salomón. Su historia me hace pensar en el valor de trabajar para una obra cuyo resultado completo quizá no nos corresponda ver. Podemos ofrecer tiempo, enseñanza y recursos para que otros continúen con lo que Dios ha puesto en marcha.

Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.

1 CORINTIOS 3:6 · RVR1960

Reconocer esto nos ayuda a ceder el lugar con gratitud. Un músico más joven puede desarrollar una capacidad diferente de la nuestra y encontrar maneras nuevas de servir. Nuestro trabajo consiste en acompañar su madurez, no en exigir que se convierta en una copia de nosotros.

El legado también comienza en casa. La familia y las personas cercanas conocen la continuidad —o la distancia— entre nuestro servicio público y nuestra vida diaria. Deseo que lo que transmito a quienes vienen detrás incluya el amor a Dios, la honestidad para reconocer mis errores y la disposición a cuidar las relaciones.

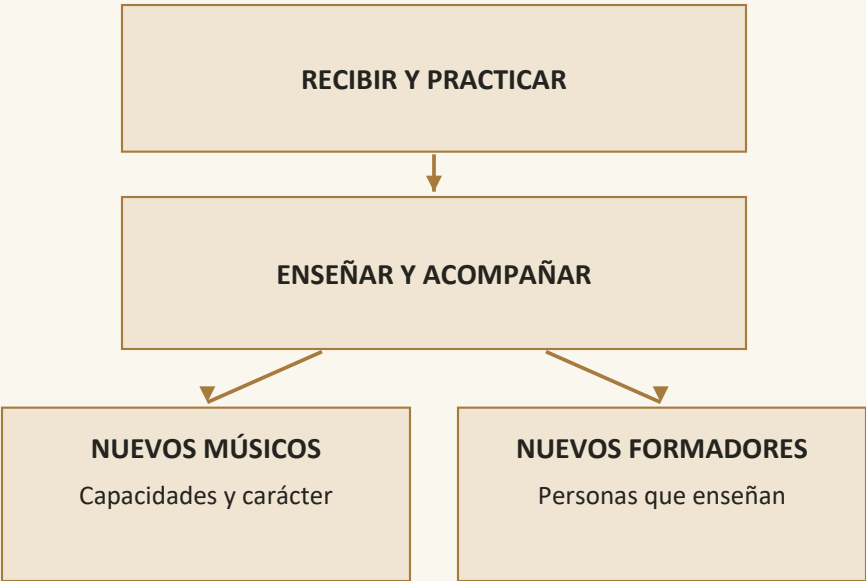
Permanecer atentos mientras crecemos

La visión necesita volver a la oración. Podemos comenzar con una intención sincera y después quedar atrapados en la comparación o en la necesidad de aumentar el alcance. Detenernos a escuchar nos permite revisar si seguimos respondiendo al Señor o si estamos sosteniendo algo por orgullo.

Hay temporadas de expansión y otras en que la tarea consiste en permanecer, profundizar y cuidar lo que ya existe. Ninguna de ellas debería medirse únicamente por la visibilidad. Quisiera reconocer el fruto en personas que crecen, equipos que aprenden a cuidarse y comunidades que pueden continuar cuando un responsable cambia de lugar. Allí encuentro una proyección del ministerio que merece ser cultivada con paciencia.

ESQUEMA DE LECTURA

Un legado que puede continuar



La continuidad se cuida en comunidad.

La enseñanza busca que otras personas aprendan a servir y a formar a otros.

CAPÍTULO 17

Cuando el fuego se apaga

Teniendo cauterizada la conciencia.

1 TIMOTEO 4:2 • FRAGMENTO • RVR1960

En distintas iglesias he observado una escena que me inquieta. Durante la alabanza, el equipo participa con intensidad; al terminar las canciones, algunos músicos guardan sus instrumentos y se apartan de la reunión. Mientras continúa la predicación, conversan al fondo o esperan el momento de volver a tocar. La función musical parece haber terminado y, con ella, su atención a lo que la comunidad sigue recibiendo.

No conozco la situación de cada persona que he visto salir de una sala. Puede haber responsabilidades, necesidades físicas o circunstancias que no son visibles desde mi lugar. La inquietud que quiero compartir se refiere a una actitud que también debo examinar en mí: pensar que, por haber servido, ya no necesito escuchar ni recibir.

Después de una participación intensa podemos sentir que hemos cumplido nuestra parte. Sin embargo, seguimos siendo miembros de la iglesia, personas que necesitan aprender, ser corregidas y acompañadas. El instrumento no nos concede una excepción frente a esa necesidad. También hay una palabra para nosotros cuando estamos sentados entre los hermanos.

Lo que una emoción no puede demostrar

He vivido tiempos de adoración que me conmovieron profundamente. Las lágrimas, el quebranto y la alegría forman parte de mi historia con Dios. No quiero restarles valor. Sí necesito recordar que la transformación se reconoce también en lo que ocurre después, cuando volvemos a nuestras relaciones y decisiones habituales.

Podemos experimentar una emoción intensa y seguir evitando un asunto que el Señor nos está mostrando. Del mismo modo, alguien puede responder a Dios de manera silenciosa y estar atravesando un proceso profundo. Ninguna de esas realidades se comprende por completo observando cuánto lloró una persona o con qué fuerza cantó.

Al hablar del fuego que permanece, me refiero a una vida que continúa disponible para Dios cuando termina la reunión. La oración, la obediencia y la disposición a escuchar dan continuidad a lo expresado en el culto. Necesito esa continuidad para que mi servicio no se vuelva una actividad que solo despierta una parte de mí mientras estoy tocando.

La costumbre de estar cerca

Quienes hemos pasado muchos años en la iglesia conocemos sus horarios, sus canciones y sus maneras de organizarse. Esa familiaridad puede ayudarnos a servir, pero también puede llevarnos a dar por sentado lo que escuchamos. Sabemos cuándo debemos entrar, cuándo terminará una sección y qué se espera musicalmente de nosotros. Es posible cumplir todo eso y prestar poca atención al contenido.

Pienso también en los hijos de pastores y ministros, en los jóvenes que han crecido entre ensayos y reuniones. No debemos asumir que la cercanía a esas actividades sustituye una relación personal con Dios. Necesitan espacio para preguntar, comprender y vivir su propia respuesta de fe. La familiaridad no

los vuelve menos capaces de creer; simplemente nos recuerda que también necesitan ser acompañados como personas.

Enseñarles a tocar es una parte de nuestra tarea. También debemos ayudarlos a escuchar la Escritura, a conversar sobre lo que no entienden y a reconocer que pueden recibir cuidado sin tener que demostrar siempre una disposición perfecta. La vida espiritual no se transmite automáticamente por estar cerca de una plataforma.

Una advertencia que debemos leer en su contexto

Pablo usa la imagen de la conciencia cauterizada en **1 Timoteo 4:2** dentro de una advertencia sobre la hipocresía y las enseñanzas engañosas. Es un lenguaje serio. No corresponde aplicarlo sin más a una persona cansada, distraída o poco expresiva durante un culto.

La imagen me lleva, sin embargo, a examinar el peligro de resistir repetidamente lo que Dios muestra. Si dejamos de escuchar, justificamos siempre nuestra conducta y rechazamos cualquier corrección, nuestra disposición puede endurecerse. Esa preocupación debe llevarnos primero a la sinceridad personal y a una conversación cuidadosa, no a etiquetar a los demás desde fuera.

Es importante distinguir este asunto del desgaste que tratamos en el capítulo 12. Una persona agotada necesita descanso y acompañamiento. No debemos atribuir automáticamente su falta de energía a una pérdida de sensibilidad espiritual. Comprender lo que está atravesando nos permitirá servirla mejor y evitar añadir culpa a su cansancio.

Volver a recibir

Una pregunta puede ayudarnos a revisar nuestra vida: ¿cuándo fue la última vez que escuché la Palabra sin estar preparando mi próxima intervención? Los responsables musicales necesitamos oportunidades reales para participar como parte de la congregación. Si las tareas nos mantienen siempre pendientes del equipo, conviene conversar cómo distribuirlas para que también podamos recibir.

Permanecer atentos incluye escuchar el mensaje, permitir que nos confronte y responder en la vida diaria. Si después debemos acompañar una canción, comprender lo que se ha compartido nos ayudará a hacerlo con sentido. Pero la primera razón para escuchar sigue siendo nuestra propia necesidad de aprender del Señor.

También necesitamos momentos en que no nos corresponda tocar. Adorar desde un asiento puede recordarnos que nuestra relación con Dios no depende del instrumento y que seguimos perteneciendo a la comunidad cuando otro ocupa nuestro lugar. Lejos de disminuir el llamado, esa libertad nos ayuda a vivirlo con mayor profundidad.

Cuidar la continuidad

El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará.

LEVÍTICO 6:13 • RVR1960

En su contexto, este mandato se refiere al cuidado del altar en el culto de Israel. Lo recibo aquí como una imagen de atención perseverante, sin convertirlo en una exigencia de mantener siempre la misma intensidad emocional. La vida con Dios

incluye alegría, silencio, preguntas y temporadas difíciles. En todas ellas podemos seguir acercándonos a él con sinceridad.

Quisiera terminar este recorrido con esa invitación. Hemos hablado de identidad, preparación, equipo, creatividad y legado; todo ello necesita una vida que continúe recibiendo del Señor. Después del último acorde todavía podemos escuchar. Cuando alguien más dirige, todavía podemos adorar. Y cuando el cansancio nos obliga a detenernos, todavía podemos ser cuidados por el Dios que nos llamó.

Oración

Señor, ayúdame a permanecer dispuesto a escucharte. Si me he acostumbrado a servir sin recibir, muéstrame cómo volver a prestar atención. Si estoy cansado, enséñame a descansar y a aceptar tu cuidado. Líbrame de fingir una intensidad que no siento y de cerrar el corazón a lo que necesitas trabajar en mí. Que mi relación contigo continúe más allá de la música y acompañe cada decisión de mi vida. Amén.

Un mensaje para los ministros de alabanza

Al llegar al final de estas páginas, vuelvo al deseo que me llevó a escribirlas: contribuir a un ministerio de alabanza donde Dios sea honrado y las personas puedan crecer con cuidado, preparación y una fe sincera. Mi historia no contiene todas las respuestas, pero sí aprendizajes que he recibido al estudiar, equivocarme, escuchar y volver a comenzar.

Espero que algo de este recorrido te ayude a reconocer qué necesitas atender en tu propio servicio. Tal vez sea retomar la práctica del instrumento, conversar una dificultad del equipo o reservar tiempo para recibir del Señor sin tener una responsabilidad que cumplir. Lo importante será dar un paso concreto y permitir que lo aprendido encuentre continuidad en la vida.

Deseo ver equipos que enseñen con paciencia, que reciban a las nuevas generaciones y que compartan la esperanza de Cristo también fuera del templo. Deseo que la creatividad encuentre espacio y que los recursos se usen con sabiduría. Sobre todo, anhelo que quienes sirven puedan seguir amando a Dios y a las personas, sin perder su propia vida en el esfuerzo por sostener el ministerio.

Gracias por permitirme acompañarte. Que el Señor guíe tu formación, cuide tus relaciones y te dé alegría para ofrecerle lo que has recibido. Mi oración es que el sonido de este llamado continúe encontrando respuesta en cada etapa de tu camino.

Andrés Gallardo

Índice de citas destacadas

Localiza los pasajes reproducidos en los bloques de Escritura. Las referencias mencionadas solo en la narración se conservan junto a su contexto.

Levítico 6:13	103
Josué 1:7 · fragmento	42
1 Samuel 10:5 · fragmento	52
1 Samuel 16:7 · fragmento	88
1 Samuel 16:18 · fragmento	41
1 Samuel 16:23	41
2 Reyes 3:15 · fragmento	43, 51
1 Crónicas 25:1 · fragmento	52
1 Crónicas 25:7 · fragmento	44
Salmo 35:18	83
Salmo 40:3	78
Salmo 51:17	22
Salmo 95:6	19
Salmo 96:2–3	90
Salmo 102:28	88
Salmo 139:7	82
Salmo 141:2	56
Salmo 145:4	85
Salmo 149:1 · fragmento	78, 87
Proverbios 13:4 · fragmento	42

Proverbios 16:2	24
Proverbios 21:5	67
Proverbios 25:11	84
Eclesiastés 1:9	86
Eclesiastés 3:1	58
Isaías 30:21 · fragmento	49
Isaías 40:29	72
Isaías 50:4 · fragmento	80
Isaías 54:2 · fragmento	89, 96
Jeremías 48:10 · fragmento	43
Habacuc 2:2 · fragmento	94
Juan 3:8	46
Juan 4:24	27
Hechos 2:18	89
Hechos 13:2	49
Romanos 8:14	47
1 Corintios 2:10	49
1 Corintios 3:6	97
1 Corintios 3:16	36
1 Corintios 14:15 · fragmento	79
1 Corintios 14:26	55
1 Corintios 14:40	39
1 Corintios 15:58	76
Filipenses 2:3–4	26

Colosenses 3:17	18
Colosenses 3:23	43
1 Timoteo 4:2 · fragmento	100
2 Timoteo 1:6	38
2 Timoteo 2:2	94
2 Timoteo 2:15	63
2 Timoteo 2:21	35
2 Timoteo 2:24	74
Hebreos 12:14	37
1 Pedro 1:13 · fragmento	42
1 Pedro 1:16 · fragmento	34
1 Pedro 2:9	14
Apocalipsis 19:10 · fragmento	55